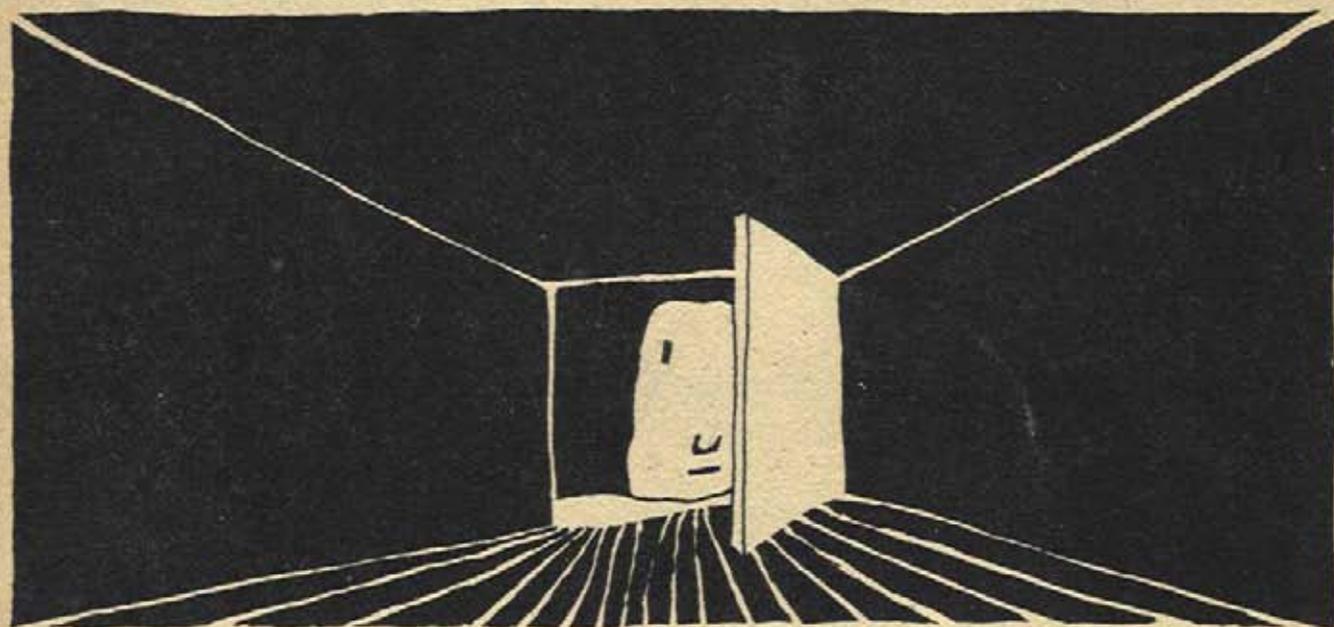


# PUNTO DE VISTA

Revista  
de cultura

Año 1, número 1,  
marzo de 1978  
600 S



**FIN DEL MUNDO:  
superstición y milenarismo.**

**EL LUGAR DE LA LOCURA.**

**NOVELA LATINOAMERICANA,  
parodia y grotesco.**

## Indice

Jean Franco: La parodia, lo grotesco y lo carnavalesco. Concepciones del personaje en la novela latinoamericana	3
Miguel Angel Palermo: Fin del mundo en Tandil	8
Escándalo en la Bienal	13
Mario Szichman: El león es cordero asimilado	14
Libros	16
Del 90 al 30: un capítulo de historia social	16
El lugar de la locura	19
Hudson: ¿un Güiraldes inglés?	23
La política del ochenta	25
Chicanos y navajos: un drama de minorías	27
Vistazo sobre ediciones en el exterior	28
Exposiciones en Europa	29
Carlos Fuentes: el límpido deseo de Buñuel	30
Consagración de la historieta	31
Punto de vista señala	32

**Punto de vista** fue diagramada por Carlos Boccardo, compuesta en Linotipia Alfa, Esteban de Luca 1354, Buenos Aires, e impresa en los talleres gráficos Litodar, Brasil 3215, Buenos Aires. Es una publicación bimestral que recibe toda su correspondencia en: Casilla de Correo 5628, Correo Central, 1000 Buenos Aires, Argentina.

### Suscripciones:

Argentina 6 números 3.600 \$ (correo simple)  
Exterior 6 números 10 u\$s (correo aéreo)

Cheques y giros a Casilla de Correo 5628, Correo Central, 1000 Buenos Aires.

# Jean Franco

especialista en cultura y literatura  
latinoamericana de la Universidad de Stanford

## La parodia, lo grotesco y lo carnavalesco. Conceptos del personaje en la novela latinoamericana

En sus investigaciones sobre la composición de *Moby Dick*, Charles Olson descubre algo que lo sorprende: mientras escribía la novela Melville estaba obsesionado no sólo por la caza de la ballena sino también por las tragedias de Shakespeare. "Melville y Shakespeare construyeron Corinto y de las llamas surgió el bronce de *Moby Dick*",<sup>1</sup> escribe, señalando que la obra de Melville prosperaba a costa de la de otros escritores. Olson no quiere decir "influencia" sino algo más importante para el creador: el modo en que destruye el pasado para despejar el lugar de una nueva forma. En *Moby Dick* se trataba sobre todo de transformar la relación entre el protagonista y el pueblo, representado por la tripulación: "América del Norte entra en *Moby Dick* a través de la Tripulación. La Tripulación es la democracia, como nos la imaginamos. Constituye el aporte de Melville a la tragedia tal como la encontró en Shakespeare. El pueblo debía tener una función más importante que la de coro que grita desde bambalinas, como en *Julio César*. La Declaración de la Independencia produjo esta diferencia".<sup>2</sup>

Olson percibe el proceso de destrucción y de reconstrucción

en la creación de una novela, que los formalistas rusos habían señalado como indispensable a toda innovación literaria. "La forma de la obra de arte está determinada por su relación con otras formas anteriores", escribía Shklovski. La sucesión literaria opinó Tiniánov, es ante todo una lucha, la destrucción de un viejo conjunto y su reconstrucción, que emplea los viejos elementos. Pero Olson agrega algo más: la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos, la ideología de la democracia hace imposible que Melville repita exactamente las jerarquías de personajes de las obras de Shakespeare. La relación entre el capitán Ahab y la Tripulación descubre el abismo que existe entre América independiente, donde el hombre se siente dueño de su destino, y la Inglaterra monárquica.

Ahora bien, esta conciencia de las "diferencias", que el autor señala de diversas maneras —mediante alusiones, resonancias, referencias directas, etc.— adquiere una significación importante en América Latina, donde se rompe la tradición metropolitana que no puede o no sabe decir. Señalemos al pasar que en la novela europea del siglo XIX, el personaje extranjero y no europeo se limita por lo general a ser funcionalidad pura dentro de la obra, a diferencia de los personajes euro-

peos que poseen una densidad mayor (Montes, en *La prima Bette*, proporciona un buen ejemplo). Al mismo tiempo, es preciso señalar una divergencia importante. Mientras que en Africa o en la literatura norteamericana del siglo XIX, la confrontación se establece entre el escritor y la cultura de un país colonizador (piénsese en los poetas negros de Mozambique y Portugal, por ejemplo), en América Latina, a partir de la Independencia y sobre todo a partir del modernismo, la tradición en cuyo interior trabajan los escritores es menos la española o portuguesa que la de un "occidente" hipostasiado, cuya cultura está en aparente desacuerdo con la misma sociedad burguesa. Durante todo el período modernista, por ejemplo, la cultura occidental tiene dos caras —la de la elegancia que llega con los productos de lujo y la de una literatura que denuncia y rechaza el materialismo—. Un poeta como Julián del Casal repudia el París materialista de la sociedad burguesa y abraza el París bohemio que "ama a los poetas": por su lado, las naciones occidentales fomentan activamente la penetración ideológica para transformar a América Latina en un continente de consumo. Basta con leer los relatos de los viajeros ingleses, por ejemplo. Se refieren despreciativamente a la austeridad de ciertos

<sup>1</sup> C. Olson, *Call me Ishmael*, Londres, 1967, p. 41.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 68.

ritos católicos, dado que no parecen propicios al mercado. Basta con leer una publicación como *La Revue de Races Latines* (1857), cuyo objetivo fue propagar la hegemonía de la cultura francesa. En el curso del siglo XX, esta penetración directa se produce a través de los medios de comunicación de masas. Sin embargo, aunque la literatura resista su transformación en objeto de consumo, aunque señale de mil maneras su condición de literatura y, por esta vía, su pertenencia a una zona extraña a la lucha ideológica, representa también una serie de valores ya dados. Es por eso, como lo señala Borges, que el escritor es un intruso frente a la cultura occidental, "no se siente ligado a ella por ninguna lealtad particular, y puede entonces inventar, cambiar, transformarse en revolucionario, ser realmente importante". Pero es necesario preguntarse por qué el escritor latinoamericano se siente un intruso: si acaso no es porque esta tradición se le aparece como un sistema que excluye lo que él debe decir.

Consideremos, por ejemplo, la tradición de la novela realista que un grupo importante de críticos, F. R. Leavis y Lukacs, entre otros, con puntos de partida tan diferentes, señalan como la "verdadera novela". Sucede que una serie de normas de la novela realista europea, vigentes sobre todo en el siglo XVIII y XIX, se han transformado en "valores" absolutos. Tanto la crítica liberal inglesa (E. M. Forster, Leavis, etc.) como la de Lukacs descubren relaciones esenciales que vinculan a la sociedad burguesa con el desarrollo de la novela, y se inclinan a considerar toda estilización o deshumanización como una traición al género. En su importante ensayo, *The Rise of the Novel*, Ian Watt<sup>3</sup> excluye una parte de la novela francesa de la gran tradición (de *La princesa de Clèves* a *Las relaciones peligrosas*) porque "pese a todas las percepciones psicológicas y la técnica literaria, resentimos que es demasiado estil-

zada para ser auténtica". F. R. Leavis critica *Ulises* describiéndolo como una "impasse o, por lo menos, signo de la degeneración del género".<sup>4</sup> Y este mismo crítico se pregunta "si existe un gran novelista cuya preocupación por la forma no se vincule a la responsabilidad que tiene respecto de lo que es profundamente humano". Más conocida es la crítica de Lukacs, que rechaza a la novela simbolista y la naturalista porque no captan las relaciones humanas profundas que reflejan la realidad misma. No es mi intención resumir la opinión de estos críticos sino señalar cómo las normas extraídas de la novela europea se han ido transformando en valores que se aplican universalmente para evaluar novelas escritas en otras sociedades. Desde el punto de vista de la "gran tradición" de la novela realista definida por la crítica liberal inglesa o por Lukacs, sólo se puede considerar a la novela latinoamericana como aberración o caricatura.

Los formalistas rusos, por el contrario, sugirieron otras normas del desarrollo de la novela y una definición que no depende del mimetismo. Para ellos, la novela es desde sus comienzos un género en crisis, puesto que nace en el momento en que la poética normativa clásica comienza a desaparecer. Una de las maneras más constantes por las que se manifiesta la crisis es mediante la parodia del estilo y de las formas anteriores.

Por esta razón, novelas como *Don Quijote*, *Tristram Shandy* y *Almas muertas* son muy representativas, dado que ponen en evidencia el procedimiento, es decir las convenciones novelísticas, por medio de la "de-construcción" que es la parodia. Parodiar significa hablar con dos voces: la voz del "otro", de la autoridad, y la voz de la burla, de la destrucción. Si, junto con Tiniánov, consideramos la parodia como uno de los instrumentos más importantes de ruptura con el pasado, y por esta vía de apertura hacia lo nuevo, la novela latinoamericana contempo-

ránea deja de ser una aberración o un monstruo nacido de la europea, y cumple la función de toda novela, la de la auto-crítica.

La parodia es un modo de "actualizar", es decir de llamar la atención sobre las convenciones literarias, imitándolas. Existe una zona muy ambigua entre este modo de burla y la imitación, de modo que la imitación persistente puede transformarse en parodia. Como la ironía, con la que mantiene cierto parentesco, la parodia no siempre es evidente. Un poco de esta ambigüedad aparece en el tono de *Paradiso* de Lezama Lima, donde la tradición de la poesía como vía esotérica del conocimiento se aferra a un género más adaptado que la poesía a la prosa del mundo. La disparidad entre imaginación y realidad, entre lo histórico y lo intemporal es tan grande que ambos niveles de la novela entran en conflicto. La misma disparidad se transparenta también en el lenguaje, saturado de cultura, de citas literarias, de referencias míticas o épicas, de discusiones filosóficas. Y este lenguaje cultivado, en contraste con una realidad bárbara, adquiere un tono ambiguo que es a la vez una consagración de la cultura y una forma de burlarse de ella. Baste un ejemplo. Cuando Rialta encuentra a dos prisioneros cortando las flores de su jardín, donde trabajan como jardineros improvisados, se les dirige, para salvar las plantas, citando las palabras de Shakespeare sobre "la leche de la bondad humana". Pero la situación de Rialta, comparada con la de Porcia en *El mercader de Venecia*, es trivial; y como habla con las palabras de Porcia estamos en condiciones de apreciar toda la distancia que hay entre el mundo isabelino y el mundo cubano. Aunque potencialmente tan noble como una heroína de Shakespeare, Rialta debe actuar en un contexto trivial, cotidiano, y esta disparidad se traduce en un lenguaje demasiado cultivado para su auditorio. Mientras que en *Moby Dick*, la diferencia se encontraba en el elemento democrático, la tripulación, en *Paradiso*, la diferencia es el ámbito de un país marginal que no permite el desa-

<sup>3</sup> Ian Watt, *The Rise of the Novel*, Londres, 1966, p. 31.

<sup>4</sup> F. R. Leavis, *The Great Tradition*, Londres, 1966, p. 16.

rollo de la persona y, mucho menos, el heroísmo. Por eso, los personajes son personajes épicos o trágicos, exiliados en un lugar que (excepto en la imaginación) sólo ofrece opciones triviales, muertes antiheroicas, vidas prosaicas. Este destino trivial disminuye no sólo a Rialta sino también al Coronel que muere en un hospital y no en el campo de batalla, a Alberto que muere en un accidente de automóvil, a los estudiantes cuya erudición es inútil, etc. Portuondo definió el tono de *Paradiso* como el del "profesor negro", es decir, del marginal que imita a los "cultivados". Esa descripción pone en evidencia las raíces populares y las categorías de amo y esclavo. Es un tono de burla y de imitación que tiene algo de ambiguo, exactamente como el de la novela. Sin embargo, en *Paradiso*, no se trata sólo del tono sino también de una imitación trágico-burlesca de los personajes de la tragedia y de la poesía épica.

Es necesario, por lo tanto, ampliar el concepto de parodia para incluir en él un procedimiento, ya descrito por Olson, que consiste en trasponer elementos de la literatura tradicional a otro contexto. Este desplazamiento abre un espacio crítico pues, a través de las "diferencias", podemos apreciar todo lo que la literatura europea no dijo y no puede decir. El escritor inglés o francés del siglo XIX, por ejemplo, no podía escribir una novela partiendo del punto de vista del marginal, del consumidor no europeo de la cultura europea. No existen novelas europeas del siglo XIX (excepto las de Conrad) que estudien realmente los efectos psicológicos del imperialismo y ello no sucede por ausencia de escritores que tuvieran conciencia del proceso, sino porque la experiencia sobre los productos y la sociedad europea es fundamentalmente diferente en el caso de un marginal y en el de un escritor metropolitano. El del tren es un ejemplo evidente: símbolo del progreso para el europeo del siglo XIX, símbolo de la expansión europea en América Latina, sobre todo en este siglo. En Inglaterra los

ideólogos del progreso creían que el tren podía, eventualmente, promover la paz internacional, uniendo a los pueblos y provocando verdaderos cambios psicológicos. Pero cuando Roa Bastos introduce el tren, en *Hijo de hombre*, como elemento de continuidad, como lazo entre los diferentes personajes, se ve obligado a romper violentamente la connotación tren-progreso. Por esta razón, el tren es primero instrumento de violencia y opresión y luego instrumento de la lucha rebelde. El vagón de tren, destruido en el curso de una rebelión derrotada, se transforma primero en casa móvil, que se desplaza por el campo paraguayo movida por el esfuerzo humano y luego en cuartel de un ejército liberador. Lo que sucede en el transcurso de la novela es la transformación del símbolo del progreso en símbolo de la lucha colectiva. Producto de una tecnología extranjera, la máquina pierde su funcionalidad como medio de transporte, los vagones se cubren de plantas exóticas (como el galeón de *Cien años de sole-*

*dad*) antes de convertirse en otra cosa, algo necesario al pueblo. De este modo se presenta como símbolo alegórico que habla de la relación de los países productores, cuyos productos jamás pueden ser considerados como puro beneficio, y los países consumidores que deben adaptar a sus propios usos todo lo que reciben de afuera. Pueden citarse otros muchos ejemplos de esta forma de "conversión". Me limitaré a uno: la transformación, en *La casa verde* de Mario Vargas Llosa, del hombre robinsoniano, símbolo de la autonomía del individuo, en símbolo del parasitismo. En esta novela, todo el episodio de la "isla" de Fushía está lleno de resonancias que recuerdan otras islas literarias —la de Próspero, la de Verne, la de Defoe—. En *La casa verde*, la isla significa aislamiento de la sociedad; ofrece al escritor un ámbito de laboratorio para estudiar al hombre (o grupo de hombres) fuera de las convenciones sociales: la historia de Robinson, como lo señaló Marx, es reflejo fiel de la ideología

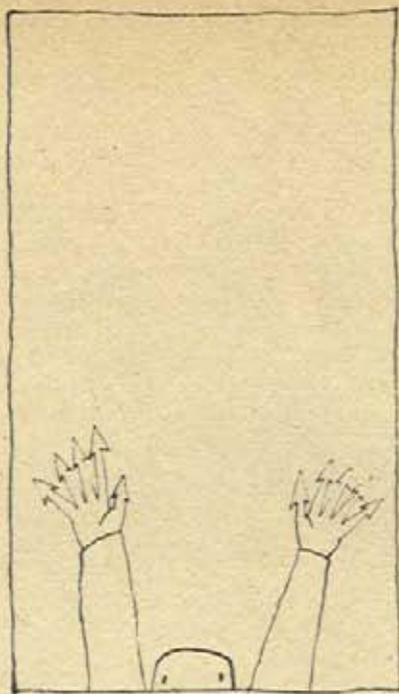
## Revista Argentina de Psicología

A partir de este número, el 22 de la Revista Argentina de Psicología, la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, toma a su cargo la responsabilidad total de su edición. Esta publicación contiene artículos de desarrollo teórico y aportes técnicos referidos a las distintas áreas de la psicología. Son de destacar los artículos de Isabel Lucioni sobre "El yo del Psicoanálisis incipiente", y el de Vivian Loew "Recursos terapéuticos en psicoterapia para niños". La revista incluye además: "Lo simbólico, lo imaginario y lo real" de J. Lacan; "Aparato psíquico. Elementos para su conceptualización", de B. Hornstein; "Grupos, propuesta para una teoría" de R. Bohoslavsky; "Algunas consideraciones sobre la película El enigma de Gaspar Hauser" de Boschi, Furer, Giraudo y Sörvik; "El paciente moribundo" de L. Roose; "Isabel de R. Enigma o aporía" de Halfon, Kitz, Kovalovsky, Nadel, Rosenberg, Torres y Wainsztein; "La pareja en espejo" de Ahlin; "Propuestas teórico técnicas para el trabajo psicoterapéutico del fenómeno de la transferencia" de Devries, Kowemski y Soriano y un comentario acerca de "El hospital psiquiátrico: la otra locura", por H. Vezzetti.

individualista de la sociedad mercantil. Ahora bien, Vargas Llosa introduce un personaje. Fushia, que sólo piensa en enriquecerse y que se encuentra en una isla que no es una isla en medio del mar, sino un sitio en medio de la selva. Como Cortés, Fushia hunde su barco al llegar por río, huyendo de la justicia, y allí, en su "isla" dirige un grupo de indios que roban caucho de las aldeas vecinas. Fushia se burla del esfuerzo de Robinson, no quiere plantar, ni cultivar, ni construir, quiere solamente hacerse rico. Entre la sociedad de Robinson, que estimaba el trabajo productivo, y la de Fushia existe una distancia tan grande como la que separa a Ahab del mundo de Shakespeare. Y la diferencia no es, en este caso, la democracia, sino los monopolios que impiden el desarrollo capitalista tradicional. La libre empresa, en el contexto peruano, puede convertirse en piratería.

En la novela latinoamericana se trata no sólo de la transformación de los temas y los motivos, sino también de la inversión a veces conscientemente burlesca de situaciones y jerarquías literarias. Al comienzo de las *Memorias de Blas Cubas*, novela que rompe con el estilo romántico de su obra anterior, Machado de Assis explica por qué empieza por la "muerte" del protagonista, invirtiendo así el orden evolucionista de la novela europea: "Moisés, que también contó su muerte, no la ubicó en el introito sino en el final: diferencia radical entre esto y el Pentateuco".

Machado invoca un antecedente sagrado, insinuando de manera burlesca su propia posición herética frente a la tradición. Señala una diferencia radical que hace imposible el orden consagrado. Blas Cubas se convierte así en avatar de toda una serie de personajes de la novela latinoamericana, personajes sin destino para quienes la vida es algo terminado, que deben entonces volverse hacia el pasado para reconstruir lo que ya fue hecho. No se trata sólo de una técnica literaria sino de una verdadera transformación de la evolución del personaje (y, en con-



secuencia, de su desarrollo) en restitución. En *La muerte de Artemio Cruz*, por ejemplo, todo sucede en el presente y en el pasado, mientras que el futuro se abre como un tiempo libre que ofrece a Artemio Cruz opciones diferentes, pero que no pueden realizarse en vida. Este extraño futuro-en-el-pasado no es un caso aislado en la novela contemporánea. Se encuentra también en *Conversación en la catedral*, de Vargas Llosa, en el diálogo entre dos pasados, entre dos voces que hablan desde un tiempo pasado, dirigiéndose a un futuro igualmente pasado. "¿Así que vas a Lima mañana?" —dice Trifulcio—. ¿Y qué vas a hacer?". En estas conversaciones, el "mañana" referido ha terminado hace ya mucho tiempo.

Otro ejemplo patético de este futuro-en-el-pasado se halla en *Pedro Páramo*, donde el viaje de Juan Preclado se convierte en un viaje hacia atrás. En *El Astillero* de Onetti, el protagonista Larsen estudia presupuestos de barcos que han pasado por Puerto Astillero cinco años antes, y lo hace como si el barco estuviera a punto de llegar. En *El Astillero* y *Pedro Páramo*, la inversión del viaje hacia la salvación adquiere una significación importante pues no sólo se trata de un tema literario sino también de mitos muy arraigados en la civilización occidental. En am-

bas novelas se encuentran resonancias del viaje de Dante hacia el Paraíso, pero en lugar de una plenitud accesible, en el futuro, por mediación de la Gracia, se trata por el contrario, de un alejamiento de la plenitud, recordada vagamente, hacia un vacío total. En *El Astillero*, Larsen es un héroe salvador y al mismo tiempo un hombre que busca la salvación. A lo largo de la novela no se entrevé ni su salvación ni la del hombre en general, sino la perspectiva desoladora de un mundo sin humanidad, un mundo que se engendra y muere sin necesitar una presencia humana. Desde una distancia más allá de la vida individual, Onetti da una visión de los grandes mitos de la civilización occidental —el mito cristiano y el mito del progreso—, vacíos ahora de sentido y de valor, como si fueran simples fórmulas semejantes que dejaron de funcionar. Aparecen como abstracciones basadas en el mismo engaño, el de ofrecer al hombre un fin situado más allá de la vida biológica. Este vacío, como la estéril extensión de *Pedro Páramo*, no es sólo producto de una situación cuya causa está fuera de alcance. Tanto Larsen como el autor de *El Astillero* se encuentran en un mundo ya dado, que no pueden modificar; es un mundo creado por otros y también por otros destruido, de manera que la función de "autor" sólo puede ser la de quien compone un "bricolage" con lo que ya encuentra producido por otra civilización. Como en el caso de *Moby Dick*, estamos frente a diferencias fundamentales que captamos gracias al hecho de que el texto nos remite a otros textos y a otras realidades. Algo parecido sucede en *Pedro Páramo*, donde desde el vacío del presente el protagonista vuelve hacia un pasado ya degenerado. Durante la época de gloria del cacique Pedro Páramo, el dinero ya mediatizaba las relaciones entre los hombres, rompiendo los viejos vínculos personales, separando a los seres, pero mientras que en Europa esta situación señalaba el nacimiento de una nueva clase, la burguesía, en México conducía a la muerte del pueblo. No hay transformación posible de la sociedad.

Estos ejemplos bastan para demostrar que la reminiscencia de otras obras literarias y de otros motivos puede producir una distancia crítica que nos permite apreciar las diferencias entre sociedades, que, además, no sólo son diferencias formales. Permiten también apreciar la ausencia, en las novelas mencionadas, de todo lo que hace la densidad de la novela realista europea —la vida burguesa, la sociabilidad, la causalidad—. Si la parodia, en Europa, toma una gran importancia a medida que pierde valor la poética clásica (como lo afirman los formalistas rusos), en América Latina, la parodia, la burla, la inversión conducen a una transformación radical de temas, motivos y símbolos que nos remiten a rupturas en el desarrollo de estas sociedades.

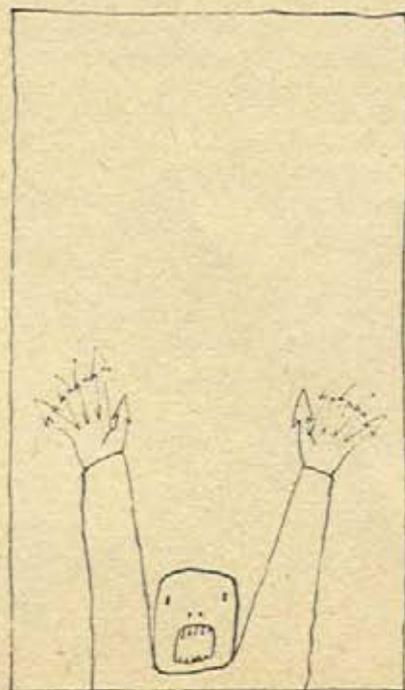
Pero la burla de la tradición toma otras muchas formas. En toda la literatura moderna hispanoamericana, por ejemplo, se encuentran elementos carnalescos que representan otra forma de inversión de las jerarquías y de las estructuras, cuya base está en la vida popular. Podríamos citar *La vida breve* de Onetti, *El sueño de los héroes* de Bioy Casares, *La muerte y la brújula* de Borges, *Cien años de soledad* de García Márquez. En todos estos relatos, el carnaval ofrece la posibilidad de un mundo al revés. Porque, al mismo tiempo, el espíritu carnalesco está muy arraigado en la vida popular latinoamericana. No es casual que el carnaval conserve su vitalidad en ciudades como Río, Puerto España o Vera Cruz, donde hubo grandes concentraciones de esclavos. Durante el carnaval el esclavo imitó al amo para burlarse de él: el desquite ritual permitía al esclavo no sólo un alivio pasajero sino también la afirmación de su humanidad. Del mismo modo, en muchas aldeas latinoamericanas existen bailes de origen indígena en los que los bailarines imitan a los conquistadores y a los blancos. Ahora bien, cuando un esclavo o un peón se disfrazan de gran propietario, de príncipe o de conquistador no creen que las diferencias sociales se hayan borrado sino que, por el contrario, afirman *la diferencia*, abren

una brecha al confirmar la separación. Esta forma de imitación burlesca dio origen a una literatura popular que se burla de las obras literarias cultivadas y tradicionales. En México, por ejemplo, el Día de los Muertos, los teatros representan versiones de *Don Juan Tenorio* de Zorrilla en las que los personajes recitan versos satíricos. En Brasil, en las baladas populares, los cantores del Nordeste no vacilan en mezclar temas contemporáneos y motivos tradicionales.

Lo que caracteriza el espíritu carnalesco es sobre todo la inversión de jerarquías que otorga otra dimensión a la realidad por medio de la exageración grotesca de los personajes. Ahora bien, es posible considerar a los personajes de muchas novelas contemporáneas no como individuos específicos que representan fuerzas "esenciales" de la sociedad (como el personaje lukacsiano) sino como personajes carnalescos, exagerados, satíricos, burlescos, que no tienen la misma dimensión del lector, porque son monstruosos, excesivos o grotescos. El Señor Presidente, los Buendía, Jaguar, el marqués de *El obscuro pájaro de la noche*, Bustrofedon, Faraluke, Oliveira mismo, no tienen nada que ver con el personaje verosímil. Quizás el ejemplo más claro de este personaje car-

navalesco sean los Buendía, porque en la novela de García Márquez se pone en juego el concepto mismo de verosimilitud, por medio de un cambio constante en el punto de vista. Los Buendía fundan una sociedad que desafía las "normas", normas que tienen para el lector el poder de los valores permanentes. En Macondo, los Buendía viven en el reino carnalesco de Momo, donde puede coexistir el puritanismo excesivo de Fernanda y la sexualidad de Pilar, un José Arcadio "científico" y un José Arcadio que tiene la fuerza de un Sansón. Cada personaje se desarrolla hasta el máximo de sus posibilidades, aunque no alcancen a transformar el mundo externo ni a prevalecer sobre él. El cuento "Los funerales de Mama Grande", también de García Márquez, es un ejemplo todavía más marcado de esta inversión carnalesca. Representa el desquite del marginal, para quien todo lo grande le es exterior, distante, originado del otro lado del océano. Cuando muere la Mama Grande, llegan los poderosos, el presidente, el Papa. Pero llegan para los funerales, es decir para una celebración de lo que ya no existe.

Es posible que estos ejemplos basten para demostrar la importancia de la burla, de la parodia y de las formas carnalescas en la literatura contemporánea hispanoamericana. Un estudio más detenido de estos procedimientos nos conduciría seguramente a reconsiderar también la relación de la literatura latinoamericana con la europea en su conjunto. Ello implica que la crítica tome en cuenta no sólo la propia literatura nacional sino también todo otro sistema literario que se haya impuesto como "valor". Lejos de parecerme una desventaja, considero a esta necesidad de una doble visión sobre Europa y el mundo no europeo, como una perspectiva más rica que puede ayudarnos a corregir la miopía francesa e inglesa. Es el único punto de vista que nos permitiría ver las cumbres y los logros de la literatura occidental, pero también sus límites, sus lagunas, los aspectos insuficientes o débiles que, en suma, posibilitan la auto-crítica.

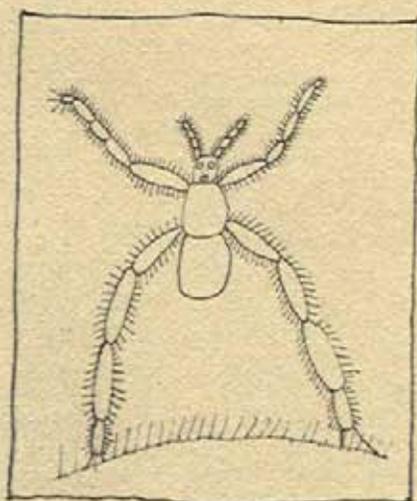


El 1° de enero de 1872 superstición,  
mito y pobreza desencadenaron

## el fin del mundo en Tandil

A mediados del siglo pasado, Tandil era parte de la frontera sur de la provincia de Buenos Aires: zona azarosa, vecina a caseríos habitados por indios, soldados y comerciantes. Asolada por Calfucurá en los quince años posteriores a la caída de Rosas, recién en 1867 se incorporará al movimiento general de consolidación de fronteras y establecimiento de población inmigrante. Llegan entonces daneses, alemanes, españoles e italianos que aumentan la población urbana a la cifra de 2.200 habitantes, y la rural a la de 2.700. Algunos inmigrantes ocupan tierras cercanas al pueblo y las consagran a la agricultura; otros se dedican al comercio, cuyas rápidas ganancias invierten en la ganadería. La competencia por las tierras con los viejos terratenientes de la zona es ardua y enconada.

Sociedad predominantemente pastoril, aislada por distancias enormes de otros centros urbanos, Tandil reproduce modos de vida, costumbres y actividades económicas típicas de la campaña bonaerense. La estancia, el gran establecimiento rural ganadero, por su extensión y las características de su producción, empleaba poco personal y aislaba —debido al ciclo de las faenas rurales— a sus hombres. Las pulperías, ubicadas en el cruce de los caminos, eran así prácticamente el único lugar de reunión: a ellas se acudía para



comprar "vicios" o ropa, para vender cueros o plumas, para tomar esa copa que proporcionaba la única ocasión de sociabilidad y contacto entre hombres solos —el juego, las apuestas, la bebida, algún payador congregaban ocasionalmente a la población criolla—. El que se describe es el mundo rural del *Martin Fierro* y la denuncia de Hernández coincide con los rasgos generales de esta sociedad.

La familia, por la inestabilidad laboral, por las levas, por las migraciones en busca de trabajo o faenando "ajenos", era por lo general inestable: la huida ante los reclutamientos, los prolongados períodos de servicio en la frontera, la desertión, las persecuciones a causa de peleas o "vagancia" alejaban al

gaucho de su mujer e hijos. Las migraciones internas o las distancias de las fuentes de trabajo fijo separaban, por lo demás, a las familias nucleares del resto de la parentela. Casos excepcionales de familia poligínica o de aparcería (situación en que varios hombres compartían una mujer) existieron también, aunque sin constituirse en norma.

En esta sociedad rural, caracterizada por el aislamiento, el autoritarismo, el primitivismo de las formas de explotación rural y del trabajo, y el tradicionalismo, se insertaron —no sin conflicto, como se verá— los inmigrantes de origen europeo. Su llegada no disolvió, por cierto, sino que parcialmente agudizó las causas del matrerismo, el bandolerismo de la campaña bonaerense y entrerriana, ni la presión del malón sobre las fronteras que se iban expandiendo en detrimento de los territorios antes ocupados por el indígena.

Es precisamente en este marco (donde predominaban el curanderismo y un cristianismo difuso cuyas creencias poca influencia recibían del clero organizado), donde debe considerarse el episodio que tiene como centro a un iluminado, un manesanta, y que se vincula —por sus formas, por el conjunto de creencias a las que se remite— con la rica tradición de movimientos milenaristas, típicos de

las sociedades campesinas, aunque no privativos de ellas.

### Tata Dios en Tandil

En 1871, aparece en Tandil Gerónimo de Solané: misterioso personaje de origen incierto, a quien rodeaban los gauchos tanto para escuchar sus profecías como para ser curados de todas las enfermedades. Pero Solané no era un curandero común. Había causado conmoción en su clientela —por lo que se sabe numerosa— de Tapalqué y Azul, anunciando la aparición San Francisco cerca de este último pueblq. Según sus propias declaraciones, no sólo poseía poderes curativos sino que también conocía a ese santo, de quien había recibido la orden de consagrarse al servicio de la Humanidad.

A su llegada a Tandil, a mediados de noviembre, se instaló —acompañado por sus ayudantes Manuel Antonio Martínez, José María Ullúa y Benito Liza-zo, también conocido como el Vasco Juan, su boticario— en la estancia de un hacendado de la zona, cuya esposa había requerido sus servicios.

De inmediato, con una rapidez notable, se concentran en su "Hospital" unas 400 personas, que acampan allí en toldos, ramadas y carretas. Los vecinos, intranquilos por la presencia de esa muchedumbre, obtienen que el Juez de Paz de Tandil ordene disolver la concentración y advierta al Tata Dios (o Médico-Dios) como ya se lo llamaba, que evite ese tipo de reuniones. Los concurrentes, remisos, se tomaron algunos días para retirarse ante el anuncio de que el manosanta no atendería por tres meses, y sólo quedaron en las inmediaciones algunos enfermos imposibles de trasladar.

A partir de la disolución de la concentración que rodeó a Solané, los hechos se vuelven oscuros, por lo menos hasta el 31 de diciembre de 1871. Entre el 24 y el 31 de ese mes, cinco personas convocan a unos cincuenta hombres a una reunión que se efectuaría a fin de año en el paraje llamado "de Peñalverde". Existen dudas y discusiones sobre la identidad

## Enfermedad y curanderismo

*El concepto de enfermedad giraba, como todavía hoy en ciertos medios, en gran medida alrededor de la "doctrina del cuerpo extraño": el mal concebido como una sustancia u objeto introducido en el cuerpo del paciente, de donde debe ser extraído para que éste recupere la salud. El siglo XIX conoció en la región pampeana un gran auge de los curanderos, seres "elegidos" o "llamados" a ejercer su profesión por mandato divino. Existía una variada gama de tipos: desde el vulgar impostor hasta el hombre de campo que aplicaba conocimientos heredados a las enfermedades de sus paisanos. Los que cobraban por sus servicios nunca lo hacían directamente ni fijando tarifas; el método tradicional era el de la ofrenda a la Virgen o a un santo.*

*Los curanderos, hombres y mujeres, podían ser indígenas, criollos o negros. Los primeros aportaban los conocimientos de herboristería y el shamanismo araucano; los negros, a los que se solía llamar tatas viejos o brujos doctores, traían consigo las tradiciones de la magia y la medicina empírica africana. Circulaban, por otra parte, elementos de la medicina popular europea.*

*Los curanderos eran denominados de varias maneras; con frecuencia tatadiós y manosanta. Al respecto Granada asegura: "Manosantas y tatadioses llaman en el Río de la Plata a cierta clase de taumaturgos populares que recorren los campos y las ciudades prometiendo curas maravillosas. Así el tatadiós como el manosanta se valen de aparatos y ceremonias, de fórmulas ininteligibles, de preces y de palabras y de santiguaderas... El vulgo, al exornar a este género de curanderos con los dictados de tatadiós y de manosanta, no da a entender propiamente que reconozcan en ellos cualidades o atributos propios de Dios o de los santos. Ni con la calificación de manosanta alude precisamente al hecho de cura mediante la imposición de las manos, como lo hacen algunos; porque esto es cosa accidental, un simple pormenor de sus operaciones misteriosas..." Otros autores consideran, por el contrario, que el manosanta cura por imposición de manos y dedos, junto con movimientos rituales y palabras mágicas o simplemente por la fuerza de la fe.*

de los convocantes, su vínculo más o menos estrecho con Solané (¿eran o no sus discípulos y ayudantes?), sus posibles y registradas actividades como curanderos.

### Una San Bartolomé surera

La reunión se realizó efectivamente en la noche de fin de año. En ella Jacinto Pérez, uno de sus organizadores, pronunció una arenga: afirmó hablar en nombre de Solané y anunció las graves catástrofes que se precipitarían sobre el Tandil: el pueblo se hundiría y sobrevendría un diluvio acompañado de grandes tormentas y torrentes de lava. Era el fin del mundo y el Juicio Final, que traería el aniquilamiento de los masones y extranjeros, a los que, por otra parte, debía llevarse la guerra. Aquellos que no participaran en esa cruzada, se perderían junto con sus familias. Luego, la piedra movediza se daría vuelta y aparecería allí un nuevo pueblo donde daría comienzo una era de unión y felicidad para los argentinos. Sobre "la Movediza" dada vuelta aparecería una bandera y el rey que los gobernaría de allí

en más. Los extranjeros debían ser exterminados por mandato del Tata Dios Solané, a causa de los grandes males que habían causado.

Del mismo tenor, un papel escrito y sin firma, hallado posteriormente en el cadáver de uno de los extranjeros, advertía al pueblo de Tandil para que se enmendase y proclamaba la necesidad de castigar a los enemigos de la religión, a los extranjeros y a los masones. En las actas del juicio posterior a los episodios de violencia que describiremos enseguida, uno de los discípulos de Solané afirmó que se trataba de un plan generalizado, con partidarios en el norte de la provincia, y que desde Tandil se extendería hasta Chascomús y el Salado; que existían simpatizantes aun más al norte y que también contaban con los indios y la sublevación de tropas y contingentes de fronteras. Todo esto no es inverosímil ni improbable: no sería la primera vez, ni tampoco la última, que los gauchos se aliaban con los indios; por otra parte, Calfucurá había llamado a un malón, que se retrasó de diciembre del 71 hasta marzo de 1872. Los alarmados diarios de la época recogen la versión de un plan generalizado. Así, en *La Tribuna*, se afirma: "De las declaraciones resulta estar la mayor parte del gauchaje comprometido, pues inducidos por el Tata Dios, se habían preparado desde tiempo atrás a una especie de San Bartolomé. La intención ha sido reunirse en número considerable de dos o trescientos, y dividirse en grupos; dirigirse éstos a las casas extranjeras y hacer un degüello general".

De ese modo, la noche del 31 de diciembre quedaron decididos los acontecimientos de los días posteriores. Tras su arenga, Jacinto Pérez distribuyó entre los asistentes divisas punzó como distintivos, y algunas armas, pocas por cierto: una que otra pistola, algún "recortado", cuchillos y lanzas improvisadas con tacuaras y medias tijeras de esquila, cuchillos o bayonetas. Les prometió, además, invulnerabilidad: como actuaban por Dios, nada podría sucederles y las divisas punzó

los defenderían de las balas. La creencia en la invulnerabilidad a las armas enemigas es un rasgo característico de muchos movimientos de este tipo (ocurridos en épocas y lugares muy diversos) y tradicional también en el folklore pampeano, que registra la presencia de amuletos protectores, a veces en forma de cinta.

Así, precariamente armados, los conjurados se dirigen, ya en la madrugada del 1º de enero de 1872, al pueblo, donde irrumpen al galope con su bandera colorada y blanca, y dando vivas a la Confederación Argentina, a la Religión, a la Imagen (sin duda se trata de la Virgen) y muertas a los extranjeros y masones. *La Tribuna* anota también vivas a un estanciero (Gómez) y al Juez de Paz de la zona, aunque tal información debe ser tomada con reservas, ya que este diario, por razones políticas, fue tendencioso en el tratamiento de la noticia, incriminando constantemente al Juez de Paz. Y, como recuerda Nario (autor de una exhaustiva investigación sobre el episodio), llegó a afirmar que Solané era agente secreto de los jesuitas.

No todos los conjurados entraron esa noche en Tandil. Una partida se apostó a la salida del pueblo, mientras que otro grupo se ocupaba de arrear una tropilla de caballos "en dirección a lo del Médico Dios". Los que entraron a Tandil tomaron el Juzgado de Paz, reduciendo a un sargento y dos vigilantes. Intentaron, sin lograrlo, apoderarse de armas de fuego y liberaron al único preso que estaba allí, un indio que se sumó de inmediato al grupo. A la salida, se topan con la primera víctima, un organillero italiano, a quien rompen la cabeza. Se unen luego a la partida comandada por Trejo, otro de los jefes, que había quedado en las afueras del pueblo, con lo que se completa un total de entre 35 y 50 hombres. Se produce entonces el ataque a la tropa de carretas de Vidart y Lassalle, acampada a orillas del arroyo Tandil. Los carreteros vascos fueron ultimados; sólo uno de los 8 ó 9 que allí estaban logró salvarse escondiéndose entre unos cueros. De allí, el grupo

se dirigió hacia el norte, por el camino de Buenos Aires. Al llegar al almacén del vasco Vicente Leanes, asesinaron a su dueño y perdonaron la vida de su mujer, según le expresaron, por ser argentina. En cambio, también allí mataron a un muchacho hijo de italianos que trabajaba de peón para el vasco. Se llevaron un botín de \$ 200.

Galoparon de inmediato hacia el almacén de Thompson, estanciero inglés, donde degollaron a un dependiente de la misma nacionalidad y a su mujer, y apuñalearon y balearon a otro dependiente, que fue hallado agonizante. Hacia las diez de la mañana, el grupo se acercó al almacén del vasco francés Juan Chapar, escenario de la principal de las matanzas. Allí murieron 17 personas de ambos sexos y de distintas edades, incluidos un niño de 5 meses y una niña de 5 años. Sucedió también aquí el único caso de violación, en la persona de una muchacha de 16 años. Hubo dos sobrevivientes: un muchacho que logró esconderse a tiempo y un anciano herido de bala en la mandíbula.

Concluida la masacre, alinearon los cuerpos de dos en dos en el patio —por motivos que se ignoran— y procedieron al saqueo del negocio: se llevaron dinero, tabaco, aperos y, especialmente, ropas. Rompieron, también, los libros de cuentas de la pulpería. Algunos de los investigadores del suceso tejieron una serie de hipótesis sobre la desaparición de los libros como verdadero móvil oculto del ataque y la matanza. Pero ya ha quedado demostrado por Nario (aunque él mismo se hace eco entusiasta de esta hipótesis) que los libros no fueron quemados por los atacantes sino rotos y abandonados en el lugar.

De la pulpería de Chapar los gauchos se encaminaron a la estancia "Bella Vista" de Ramón Santamarina, hacendado español al que planeaban matar. No lo encontraron allí y tomaron entonces el rumbo del puesto "La Rufina" donde funcionaba el "Hospital" de Solané. Aspiraban a la bendición del Tata Dios quien, por otra parte, según había indicado Jacinto Pérez, repartiría el botín obtenido.

ya que las profecías aseguraban que los gauchos se harían ricos con los bienes de los gringos.

En camino se toparon con las fuerzas organizadas en Tandil para repeler el movimiento. Los gauchos no se rindieron y uno de los cabecillas se adelantó para parlamentar, explicando que estaban matando gringos y masones por orden del Tata Dios. Ante una intimación de rendición por parte del comandante de la tropa, se respondió que ellos no deseaban pelear contra argentinos. Esta afirmación recibió como respuesta los disparos de un alcalde o un oficial de la partida (las versiones no concuerdan al respecto). Y el cabecilla que se había adelantado a parlamentar fue barrido por las balas: "se lo sacó limpito del caballo". Se produjo entonces un desbande general, explicable por la sorpresa de comprobar la falsedad de la inmunidad asegurada por las divisas. Existe, según otras fuentes, la versión de que Solané, detenido ya y acompañando a las fuerzas policiales, negó públicamente haber ordenado las matanzas.

Confundidos, los gauchos huyen. Mueren en la persecución diez de ellos y catorce caen prisioneros. Veinte nombres son incorporados a una lista de prófugos. Las fuerzas policiales no sufrieron bajas y, por ello, tiempo después, durante la investigación, el fiscal pidió que se esclarecieran las circunstancias de esas muertes. En los días subsiguientes se tomaron otros catorce prisioneros.

### El desenlace

¿Qué pasó con Solané durante las horas cruciales de ese 1º de enero? Durante las matanzas estuvo en su rancho. Conocidos los hechos de quienes se decían enviados por él, Ramón Gómez, hacendado en cuyo campo paraba el Tata Dios, le envía una nota relatándole la masacre y pidiéndole que fuera de inmediato al pueblo a aclarar las cosas. Solané le envía decir a Gómez, por medio del encargado de la estancia, que él es totalmente ajeno a los hechos. Ratifica las mismas decla-

## Los cultos de crisis

*Clamando contra la corrupción del mundo, amenazando a las jerarquías o prescindiendo de ellas, cuestionando los sistemas sociales vigentes o dándoles la espalda; escandalizando, admirando, provocando temores, hilaridad, extrañeza o indignación pero casi nunca indiferencia; arrastrando multitudes o fascinando a pequeños grupos; mansos o violentos, innovadores o conservadores; corriendo su fama, hechos y palabras por los carriles de la tradición oral, las páginas de diarios o revistas o incluso las imágenes de la televisión, y teniendo como escenarios de su drama tanto los medios rurales como las ciudades; frecuentemente perseguidos, muchas veces encarcelados o asesinados, en todos los continentes y en diferentes momentos históricos, han aparecido profetas de mundos nuevos, mesías de la salvación, conductores místicos que ofrecen la salud del cuerpo, del alma y de la sociedad, seguidos por hombres ansiosos por superar situaciones críticas. Desesperación, angustia, existencias amenazadas por la miseria, la opresión, la enfermedad, la incertidumbre, se han conjugado frecuentemente con el misticismo. Así muchos grupos, en contextos socioculturales diversos, se han nucleado alrededor de una certeza: la inminencia del fin del mundo actual; o en torno a técnicas rituales tendientes a tomar contacto con la divinidad o los muertos. Senderos que tienden a sustraer a los hombres de sus padecimientos y de los que han surgido mesianismos, milenarismos y cultos de crisis.*

*Ellos son perfectamente posibles de englobar en la interpretación esbozada por Roger Bastide, que transcribimos: "Puede pensarse que lo religioso constituye la metáfora de lo social, que lo traduce, pues, en forma de imágenes que cambian a medida que lo social cambia, lo cual permite a los individuos 'captar' esto último subjetivamente, aunque en otro nivel. El hombre 'sufre' la presión de lo social, pero no lo 'capta' en cuanto tal; el determinismo siempre es inconsciente, no puede percibir la presión sino en otro nivel, el de la subjetividad del mundo de las imágenes. Sólo que esa subjetividad es una subjetividad actuante. Lo cual hace que lo religioso no sea sólo metáfora, sino dialectización de lo social, lo sagrado se abre a lo social y lo social se sacraliza a través de los intercambios incessantes que se hacen —en ese nivel de las imágenes— entre los sueños individuales y los mitos arcaicos. [...] Pero, recíprocamente, el mito no es considerado como un 'relato', pertenece a la 'praxis', es creador de gestos y de ritos; y así lo sagrado se transforma de simple metáfora en suscitador de novedades sociales".*

*Efectivamente, en las sociedades arcaicas, tradicionales, rurales, el mito rebota y horada lo social. Por ello, fenómenos como los de milenarismo o mesianismo no pueden ser entendidos como simples episodios en la historia de las religiones. La especialista brasileña María Isaura Pereira de Queiroz resume bien el punto: "No son nunca movimientos religiosos 'puros', sino movimientos de rebelión, que utilizan la religión para llegar a la solución de un problema sociopolítico o socioeconómico. El punto de partida es la repulsa de la sociedad existente, considerada particularmente execrable. El estado social de perfección, con que se sueña y que se desea instaurar, está asociado igualmente a la idea de que el fin del mundo ha de llegar un día".*

raciones ante un alcalde y luego ante su protector, con quien, aparentemente, tuvo un "encuentro verbal muy feo". Luego, se habría unido a la retaguardia de la partida que buscaba a los gauchos.

Conducido al juzgado, entró dignamente y "...tanto en el calabozo como en los interrogatorios estaba completamente tranquilo y se conducía como si estuviese por encima del juicio de los hombres. No contestaba las preguntas que se le hacían en los interrogatorios diciendo que sólo lo haría cuando llegara el juez *recto*. Se suponía que se refería al juez en lo criminal que llegaría de Buenos Aires, enviado por el gobierno".

¿Aludía Solané realmente a un funcionario judicial o, encerrándose en su postura profética o, más bien volviendo a ella, se refería al juicio divino? Tata Dios, con una barra de grillos en los pies —grillos que afirmaba el verdadero juez pondría a otros, liberándolo—, fue encerrado solo en un calabozo. En tanto, los extranjeros, lógicamente alterados por los hechos, participaban, según un acuerdo pactado con el Juez de Paz, en su custodia y la de los demás presos. Se temía que se intentara el rescate de los implicados: muchos de los conjurados todavía estaban sueltos y era fresco el recuerdo de la popularidad que rodeaba a Solané en su "Hospital". Pensaban también algunos extranjeros, enfrentados por motivos económicos y políticos con el Juez de Paz y varios estancieros de la zona, que habían sido éstos los instigadores de la masacre. No los consideraban, por tanto, carceleros seguros.

En la noche del 5 de enero se oyó una detonación proveniente del calabozo donde dormía Solané. Su centinela, un vasco, lo encontró herido de muerte. Las observaciones de los médicos sobre el cadáver determinaron que había recibido trece heridas y que la o las armas asesinas fueron disparadas desde la ventana del calabozo.

El 7 de febrero, el resto de los implicados sobrevivientes recibió sentencia: tres fueron condenados a muerte, siete a

quince años de prisión, dos a tres años, otros dos a un año y dieciséis fueron declarados inocentes. Las ejecuciones de dos de los reos condenados —el tercero murió antes— tuvieron lugar el 13 de setiembre del mismo año de 1872. Pero antes, junto con la dispersión de la noticia, había cundido el pánico en la campaña. En Ranchos, cuenta *La Prensa* del 16 de enero que "Un gaucho sólo, armado y a caballo, se presentó dando voces de ¡Muera! y pretendiendo atropellar la estación Villanueva. Se dice que le hicieron disparos y lo mataron. Este sólo hecho dio origen a comentarios más o menos alarmantes. Unos creían ver ya encima una turba de paisanos haciendo una segunda edición de los sucesos del Tandil. Otros sentían ya que el alma del Brujo del Tandil les tiraba de la vestimenta, y que encarnada en algún nuevo monstruo venía a asolar la comarca".

#### Una sociedad en crisis

Hasta aquí los hechos que interesan a un punto de vista antropológico y sociológico. Los motivos para que una cincuenta de hombres abrazara la causa de una cruzada exterminadora de extranjeros, que preludiaba un supuesto fin del mundo y el comienzo de una especie de Milenio feliz, se originan en la crisis de una sociedad y una cultura, cuyos factores, largamente arrastrados, se agravan en la década de 1860-1870. Resumámoslos: precariedad laboral, ocupación masiva sólo estacional a causa del tipo y ciclo de la tarea ganadera, imposibilidad de acceso legal a la tierra, desplazamiento del criollo por parte del inmigrante introductor de nuevas formas económicas, decadencia de la tropa de carretas por el avance del ferrocarril. La proyección de este conjunto de factores económicos sobre la sociedad resultaba en la quiebra de la institución familiar como consecuencia de las migraciones internas y las levas, además del riesgo constante que asediaba al gaucho de quedar al margen de la ley si transgredía las disposiciones de las "leyes de vagos" y los Códigos rurales. Esta sociedad rural se cohesio-

naba en torno de algunas creencias e ideas que también confluyeron en la producción de las matanzas tandilenses. Nos referimos a un cristianismo poco vinculado a las instituciones eclesiásticas, a la prédica antimasonica de la Iglesia, al prestigio de los curanderos y la creencia popular en curas y otras intervenciones milagrosas. A ello agréguese una creciente xenofobia exasperada por el aumento de la inmigración que se beneficiaba con algunas ventajas relativas respecto de la población criolla.

Este conjunto de factores parece suficiente para oscurecer las hipótesis que se han esbozado acerca de que fueron los estancieros de la zona los que encendieron, secretamente, la hoguera del 1° de enero en Tandil, para resolver con la matanza rencillas políticas y económicas con la colonia extranjera. Menos probable aún parece la hipótesis de que el grupo de seguidores de Tata Dios, guiados por una oculta dirección estanciera, tuviera como único objetivo la destrucción de los libros de la pulpería de Chapar, con quien pudieron haber estado endeudados el Juez de Paz y el estanciero Ramón Gómez. La destrucción de esos libros, que, rotos, quedaron abandonados en la misma pulpería, se explica por sí misma, en cuanto se piense el símbolo de opresión que los libros del pulpero representaban para la población criolla.

Aunque se carece de pruebas definitivas en sentido contrario, afirmar que el episodio del 1° de enero pudo haber sido instigado por los estancieros parece, por lo menos, aventurado. Si así fue, se trató solamente de un "dejar hacer", vigilado de lejos: recordemos el precario armamento de los conjurados y que, en su búsqueda de armas de fuego en el Juzgado de Paz, fueron engañados fácilmente por los policías allí reducidos. Además, el hecho de que ninguno de los extranjeros muertos fuera un personaje importante por su posición política o su riqueza, indica que no existieron directivas precisas exteriores al grupo, puesto que de haberlas

habido, hubieran debido señalar como víctimas a los líderes políticos de la colonia extranjera.

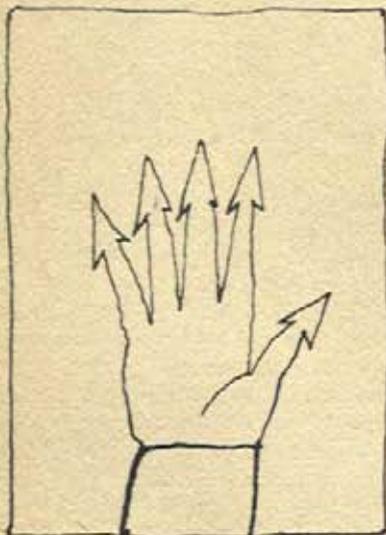
Queda en pie una pregunta acerca del grado de sigilo y secreto con que se movieron los conjurados. Al parecer, algunas de sus víctimas potenciales, habían oído sobre sus aprestos, aunque es probable que descartaran acciones como las que se produjeron luego. Subsisten, pues, algunas zonas de misterio en torno del episodio. Para cerrar, provisionalmente, el caso, sería preciso resolver una última incógnita: así como no se sabe de donde vino Solané, también se ignora hoy dónde descansan sus restos: su cuerpo, que la tradición local decía enterrado en un pozo, de

pie y con los grillos puestos, bajo la entrada del cementerio de Tandil, no fue hallado en excavaciones allí practicadas. Una versión no consignada sino en una sola fuente afirma: "Los gauchos esperaron mucho tiempo su resurrección y cada día, para recibirlo, ensillaban un caballo". Solané volvió a ser un misterio.

Esta nota está extractada de una obra del mismo autor que publicará en breve Editorial Huemul con el título de *Mesianismos y milenarismos en Pampa y Patagonia*, donde se correlacionan los hechos del Tandil con los ocurridos en Kakelhuinkul en 1820 y con otros propios del mundo araucano: el mesianismo de Calfucurá, el Rey de Araucanía y Patagonia, el movimiento de la tribu Coliqueo en 1900 y las tradiciones cataclísmicas y profecías indígenas.

Sobre el tema de Tata Dios Solané, ver especialmente los trabajos de Hugo Nario: *Tata Dios. El mesías de la última montonera* (Bs. As., Plus Ultra, 1976) y de Antonio del Valle: *Recordando el pasado* (2 t., Bs. As., 1926). También ver: Baudizzone, Luis: "Los asesinatos de Tandil" (en *Imago Mundi* n° 2, pp. 77-83, Bs. As., 1953); Fugl, Juan: *Abriendo surcos* (Bs. As., Altamira, 1959); Gorraiz Beloqui, R.: *Tandil a través de un siglo* (Bs. As., Talleres Gráficos Matera, 1958); Halperin, Jorge: "El Tata Dios", gauchos contra extranjeros en 1872" (en *El Cronista Comercial*, Bs. As., 17-7-75); Métraux, Alfred: "Mesías indios" (en *Religión y magias indígenas de América del Sur*, pp. 3-34, Bs. As., Aguilar, 1973); Rodríguez Molas, Ricardo E.: *Historia social del gaucho* (Bs. As., Ediciones Marú, 1968); Torre, Juan Carlos: "Los crímenes de Tata Dios, el mesías gaucho" (en *Todo es historia* n° 4, pp. 40-5, Bs. As., 1967) y los diarios *La Nación*, *La Prensa* y *La Tribuna* de Buenos Aires correspondientes al período 2-20/1/1872.

## Escándalo en la Bienal



Fue inaugurada el 1° de octubre de 1977 la XIV Bienal Internacional de San Pablo (Brasil), en la que participaron representantes de más de ciento cincuenta países. La misma fue clausurada el 18 de diciembre próximo pasado. El jurado de la muestra otorgó por unanimidad el Gran Premio Itamaraty, de 12.500 dólares, al Grupo de los trece —argentinos—, del Centro de Arte y Comunicación (CAYC), de Buenos Aires. El Grupo de los Trece, que presentó un conjunto de obras titulado "Signos en ecosistemas artificiales", está integrado por Jacques Bedel, Luis Bénédict, Jorge Glusberg, Jorge González Mir, Victor Grippo, Leopoldo Maler, Vicente Marotta, Luis Pazos, Alfredo Portillos y Clorindo Testa. Exhibieron su creación en un espacio de 600 metros cuadrados.

Del segundo premio, dividido, le correspondieron 1.200 dólares a Franz Krajcberg, brasileño. Un tercer premio, de 500 dólares, fue adjudicado al suizo Cherif Defraoui. Las obras de los artistas mencionados y las de los pintores bahianos del Grupo Etsedron fueron las más elogiadas por los organizadores de la muestra. Sin embargo, la opinión de la crítica coincidió, en parte, con la decisión del jurado. Pero hubo voces que apoyaron las vehementes protestas del brasileño Franz Krajcberg, quien pocos días después de conocerse el fallo, desmontó sus obras amenazando quemarlas y vociferó su indignación afirmando, según la Agencia Latin, que "el fallo constituía una injusticia contra el artista nacional". Y agregó: "Fuimos tratados como imbéciles. Trabajamos seriamente para traer una propuesta legítima, con nuestros propios esfuerzos y recursos, y ¿qué nos ofrecen?"

Según el artista brasileño, el jurado premió la obra de claro sentido ecológico de los argentinos, para no comprometerse en premiar la obra —o parte de ella— del Grupo Etsedron, de Bahía, que "muestra al mundo toda la visión de la miseria brasileña".

Krajcberg renunció, además, a su premio dividido de 20.000 cruzeiros (poco más de 1.200 dólares), en favor del grupo bahiano, que rechazó el ofrecimiento. A ese escándalo sin precedentes en las trece anteriores bienales artísticas de San Pablo, se sumó la actitud del representante del suizo Defraoui, quien expresó sus sospechas sobre la integridad del jurado, lo que motivó que su premio de 500 dólares quedara en suspenso. En cuanto al grupo bahiano, prefirió no manifestar públicamente ninguna opinión adversa al fallo del jurado. Sólo se limitó a expresar que ellos mantendrían expuestas sus obras en la muestra internacional, porque su único interés era que se conocieran y se divulgara así una imagen más fiel del verdadero Brasil.

## El león es cordero asimilado

"Crónica falsa" y "Los judíos del mar dulce" constituyen las dos primeras novelas de una trilogía que se clausura con "El león es cordero asimilado", aún inédito, uno de cuyos fragmentos fue entregado por Mario Szichman a **Punto de vista**.

Se trata, nuevamente, de la (a veces melancólica, casi siempre ácida) historia de los Pechof, inmigrantes judíos en la Argentina.

Sus peripecias configuran la materia de las tres novelas de Szichman, sobre el fondo de una historia local hábilmente tramada con la ficción.

En sus momentos de decepción, Jaime detectaba la imposibilidad de ir desde cualquier pasado judío a un presente católico. El problema mayor de los Pechof residía en la falsificación. Mientras se mantuviesen judíos, todo les saldría de adentro y cada cuerpo ensamblaría con los gestos de los demás, como en esas fotografías que detallan los movimientos de un balet. Pero el día en que pasaran a ser Gutiérrez Anselmi, perderían la espontaneidad. Habría que repasar cada actitud y cada diálogo posible y sus cuerpos calcarían una partitura escrita por otros. Claro que no tendrían muchas dificultades con el pasado reciente. Bastaba con echar una ojeada a la casa del Negro para saber cómo actuar. Pero los pasados lejanos eran muy peligrosos. Mientras sus hermanos estaban enarbolando a cada rato recuerdos de los polacos oisvofn fin da natur<sup>1</sup>, de casamientos donde se cantaba *Shiker is a goi*<sup>2</sup>, de tipos de caras blandas que usaban en público un idioma desprestigiado; Jaime sólo podía ubicar antepasados en litografías, cuadros y grabados y hacerlos hablar de acuerdo

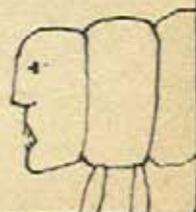
<sup>1</sup> Abortos de la naturaleza.

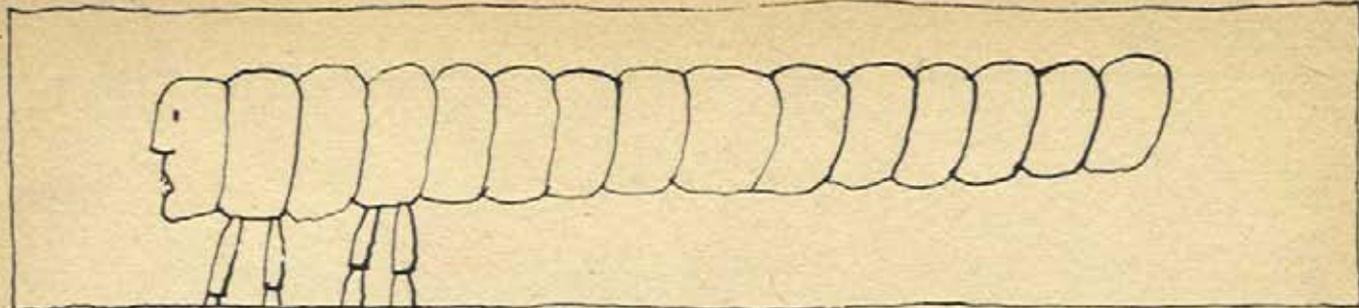
<sup>2</sup> Borrachos son los gentiles.

al Código Social de Buitrago, saturado de magüers, espejuelos, ósculos y cannotiers.

Los paisajes católicos de Jaime eran al óleo, con nubes barrocas, cielos pastosos, trigales hechos con asteriscos y soles emitiendo rayitos de fuego y rodeados de círculos concéntricos. De ahí salta a los daguerrotipos, llenos de próceres de galera y de fotos de primera comunión fraguadas en Rodin.

En cambio, cuando se ponía a recordar en idisch, se bajaba de los cuadros al suelo, de las grandes pinceladas a los detalles. Un día en el campo estaba lleno de jejenes, la sed superaba a la provisión de Pomona y había que terminar tomando el agua tibia de los termos. En su pasado judío, nunca había caminado por campos de golf, sino en medio de una tierra cuarteada, con mechones de pasto. Los árboles no servían de respaldo. Siempre había a su alrededor un círculo de tierra seca repleto de raíces, semillas redondas y duras o charcos con agua estancada. Los recuerdos estilo Pechof mostraban alteraciones imperceptibles, como la propagación del cáncer en un dibujo animado y se medían por un tiempo de hojas caídas y acumu-





ladas que viraban del verde intenso al amarillo, de la flexibilidad al envaramiento y la crepitación. Las vidas de los familiares judíos —a diferencia de los Gutiérrez Anselmi— habían transcurrido en escenarios reales. Todos ellos habían acoplado resfríos a sus manos entumecidas. El olor del verano podían sentirlo con sólo morder una naranja caliente y el tiempo seco lo sentían en la garganta rasposa. Los Pechof existían hasta por omisión, como las siluetas bosquejadas por dos personas al caminar juntas. Salmen hacía necesario a Roni, Dora convocaba a Salmen. Había voces que eran imprescindibles en una cara, y bastaba recordar un yarcoie<sup>3</sup> cocinado un día entero para recordar el pasado esplendor, el ejército de sirvientes puesto al servicio de la babe<sup>4</sup> en Volínin, o seguir la pista a las lámparas quemadas en la casa de Salmen para rebobinar algunas muertes.

En cada momento de su labor de renegado, Jaime tuvo presente el desconocimiento y la decepción. Ignoraba cotidianamente la casa judía en que vivía, y la reconstruía en su memoria como si hubiera sido católica y el polvo de los huesos de los antepasados Gutiérrez Anselmi se hubiera depositado sobre los muebles y sus muros estuvieran impregnados del olor de la carne de los saladeros y el cielo aún conservara trazos del lento vuelo de las aves de rapiña, ya identificadas en un manual de zoología como pájaros con las patas y el pico amarillos, el lomo azul y el resto del cuerpo blanco; y el miedo fuera otro, el de gente acostumbrada a enterrar sus muertos en la misma tierra en que vivía.

Jaime recorría la casa con mirada ingenua. No es suficiente con tener casa, le había advertido el manager, hay que acordarse de otras casas porque eso da más linaje. Sobre todo, acuérdesese de la casa solariega. Le dice al médico que quedaba en la calle Potosí, el rolls royce de las calles antiguas, calle para gente de alta prosapia, que tenía el riñón bien cubierto. ¿Qué mezcla aquí la nefritis? Le estoy hablando de gente de plata. "Casa con aljibe, que en esa época no era cosa baladi", le dice al médico bajando el tono. "Gran alberca con plantas diversas, parral de uvas blancas y negras, de riquísima cepa, porque padre", dice usted, "no toleraba que nadie preparara el mosto aparte de él." La cocina grande, con fogón de campaña. En el patio dos grandes lebrillos de barro vidriado, sobre asiento de material y desagüe al albañal por medio de un bitoque. En el cuarto contiguo. ¿Contiguo a dónde?, había preguntado Jaime. No se preocupe,

siempre que hay un cuarto, al lado hay un cuarto contiguo. Ahí estaba doña Petrona, la planchadora. Parde gruesa, buenaza, siempre ahí, dale que dale, entre montones de ropa y planchas hechas ascuas, que guarnecían un gran brasero. Por último, la cochera. En la susodicha cochera, larga y angosta, había espacio para cuatro carruajes, dos de padre, coche y volanta, y dos sopandas de la gran mer. Gran mer, abuela, en francés, y por último las caballerizas, el pesebre y el cuarto del cochero. Sí, también contiguo, pero contiguo para el otro lado.

Cada cuarto, que en el recuerdo conocía de atrás para adelante, ahora lo empezaba a ver a partir de la salita de recibo. Jaime imaginaba puertas clausuradas —las destinadas a esconder vasos de té con guardas griegas, samovares, masitas endurecidas de gustos mezclados porque las horneaban en la panadería, caramelos media hora, revistas Davar y Eretz Israel, libros en hebreo con grabados de Doré, fotos de Herzl al lado de un mapa de Israel, mezizes<sup>5</sup>, tfilin<sup>6</sup>, pelucas heredadas de una tía casada con un tipo muy religioso, camiones con agujeros para casadas pudorosas— y automáticamente reducía la geografía de la casa pensando: Son las habitaciones clausuradas de antepasados ilustres.

Pero, al revisarlas otra vez con mirada católica, se descubría el engaño. Bastaba ver las fotos familiares para darse cuenta. Allí los cuerpos parecían tridimensionales y las paredes servían naturalmente como decorado de fondo. Las nuevas paredes, en cambio, empapeladas con escenas de caza, no iban con el cuerpo de ninguno de los Pechof, los obligaban a caminar agazapados. Impedían desabrocharse el cuello o ponerse pantuflas. Dora debía desplazarse por la casa con un traje gris oscuro y peinada con rodete. Natalio solamente tenía un saco fumar que hacía juego con el ambiente y Jaime y Salmen optaban por la cocina porque era el único lugar en que podían tirarse un sordomudo sin sentirse culpables.

Los Pechof no podían correr los muebles ni un centímetro sin delatarse. Como los autos de carrera, que consumen en sesenta vueltas la vida útil de un motor, tenían que acelerar los años de posesión de los muebles para que en ellos entraran tres o cuatro generaciones de antepasados, y a veces, con la ansiedad, causaban deterioros que rejuvenecían la madera y, al emparchar los destrozados con pintura y capas de mugre, instalaban nuevos signos de delación.

<sup>3</sup> Gulso.

<sup>4</sup> Abuela.

<sup>5</sup> Estuche que se coloca en el marco derecho de las puertas, y que contiene un texto bíblico.

<sup>6</sup> Filacterias.

## Del 90 al 30: un capítulo de historia social

David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

Entre 1890 y 1930, la Argentina asiste al proceso de surgimiento, ascenso y caída —derrocado por un golpe militar— del radicalismo, el primer partido de masas moderno de nuestra historia política. Ese ciclo pondrá de manifiesto varios hechos de significación socio-política, y fundamentalmente dos: el deterioro del régimen conservador que había cristalizado en la Argentina alrededor de 1880 y la carencia, por parte de la fuerza política que había sido uno de los agentes de ese deterioro y la que mejor supo capitalizarlo, de un proyecto de desarrollo económico-social alternativo.

Sobre este eje histórico, pero articulándolo en función de las relaciones políticas entre la élite terrateniente, el capital extranjero, los sectores medios urbanos y la clase obrera, está centrada la investigación de David Rock. Y aunque muchas de sus tesis no resulten nuevas, el trabajo constituye una valiosa contribución a la historia política de la Argentina moderna. En efecto, es una idea ya admitida que los sectores medios insertos en el escenario político a través del radicalismo no representaron —ni podían hacerlo—

el mismo papel de aquellos que en Europa y en Estados Unidos promovieron el proceso de industrialización de sus respectivos países. Lo mismo ocurre con el juicio acerca del lugar prominente que fracciones desplazadas de la élite rural tuvieron en la constitución del radicalismo; o con la opinión de que en la visión de este partido, y de los grupos sociales coaligados en su seno, nunca estuviera en cuestión el eje agroexportador del desarrollo económico del país, tal como había sido definido por las clases dirigentes en las últimas décadas del siglo XIX. Pero Rock no se ha limitado a retomar estas ideas. El libro comporta el esfuerzo por corroborarlas a través de una investigación amplia, dirigida a proporcionar una interpretación global del período mencionado.

*El radicalismo argentino* ofrece varias dimensiones interesantes de análisis. Nosotros sólo comentaremos una de ellas, la que concierne al movimiento de constitución de la relación radicalismo-clase media urbana, previo al triunfo de Irigoyen en 1916.

El punto de partida inevitable es el orden surgido en el país después de 1880, esa particular amalgama de instituciones económicas y políticas liberales y funcionamiento oligárquico que

unificó al país en torno a la dirección de una élite terrateniente. La hegemonía no fue sólo social sino también regional, ya que el centro de gravedad del poder económico y político se hallaba radicado en los grandes propietarios de la "pampa húmeda", aunque no en todos ellos por igual. Bajo esta guía la Argentina completó su integración al mercado mundial, asumiendo el papel de abastecedor de materias primas agropecuarias y de mercado para las manufacturas provenientes de los centros industrializados, en el marco de la división internacional del trabajo. Alojado en sectores claves —empréstitos al estado, servicios públicos, ferrocarriles, actividades financieras, frigoríficos, etc.— el capital extranjero, predominantemente británico, fue una pieza fundamental y constituyente de este esquema económico, al punto que nuestro país funcionó como una suerte de *honorary dominion* del vasto imperio de Gran Bretaña. Dentro de este cuadro, la economía, centrada en la producción agropecuaria, experimentó un crecimiento notable, acompañado de un vertiginoso proceso de urbanización, todo lo cual tornó más compleja y articulada la sociedad.

El régimen político edificado sobre estas premisas ha sido descrito muchas veces: gobiernos de "notables" que regulaban su propia sucesión en acuerdos de "notables", participación política restringida, institución puramente formal del sufragio. De esta esfera estaban marginadas ciertas fracciones terratenientes, y sobre todo la clase media urbana y la clase obrera, dos fuerzas cuyo número había crecido en correlación con la expansión de la economía, la inmigración europea y la urbanización.

He aquí, entonces, los actores del proceso analizado por Rock, y su escenario: la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores urbanos. Las referencias a la campaña y, en general, al interior, sólo son complementarias del análisis del espacio sociopolítico mencionado, lo cual —digámoslo de paso— no dejará de afectar a algunas de las conclusiones generales acerca de las bases sociales del radicalismo. Pues bien, el radicalismo se desarrollará como fuerza política conjugando las aspiraciones de sectores agrarios tradicionales y la clase media urbana en torno a la bandera de la democratización del sistema político a través de la práctica efectiva del sufragio. Pero el radicalismo no nacerá como un partido de clase media, ni ésta adherirá desde el comienzo a los primeros núcleos radicales. Ello fue el resultado de un proceso que tuvo como premisa la movilización política de los sectores medios urbanos y la habilidad de los grupos dirigentes del radicalismo para canalizarla. Tal es una de las tesis del trabajo de Rock. Veámosla un poco más detenidamente.

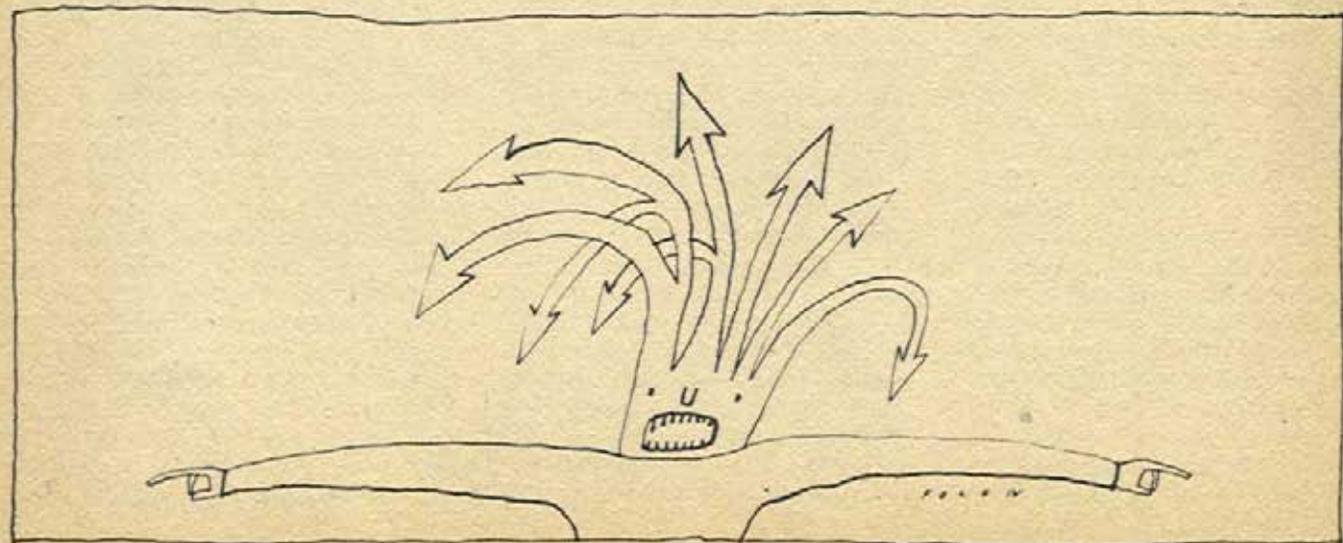
Nacido después de la revolu-

ción del 90 (un acontecimiento cuyas determinaciones el autor analiza demasiado sumariamente) y bajo su impulso, el nuevo partido se "hallaba integrado básicamente por grupos escindidos del patriciado y que por una u otra razón estaban descalificados, a causa de sus vínculos anteriores, para unirse a Mitre, Pellegrini o Roca. En términos regionales o de posición social, poco había en ellos que los diferenciase de sus rivales". Y agrega Rock más adelante: "El apoyo urbano obtenido por Alem provino fundamentalmente de los antiguos grupos criollos más que de la nueva clase media formada por los inmigrantes y sus descendientes". Sólo a partir de la primera década del nuevo siglo, y sobre todo después de la revuelta frustrada de 1905 la clase media urbana se incorporó como un componente fundamental del radicalismo. Hasta entonces, éste había combinado la táctica de la abstención electoral con tentativas insurreccionales dirigidas a lograr por esta vía la realización del programa de democratización del régimen político.

¿Y cuáles eran los rasgos de esos sectores medios urbanos

que adherirían al radicalismo contribuyendo a dotarle de una amplia base de masas en las ciudades? Estos grupos habían crecido en relación directa con el desarrollo de la economía agroexportadora. En efecto, fue la expansión de ésta la que obligó al incremento de una serie de actividades urbanas, —de servicios, administrativos y educacionales— que tuvieron una influencia decisiva en la formación de la clase media urbana. Por otra parte, la ausencia, en general, de condiciones favorables para el ejercicio de actividades productivas autónomas llevará a que los hijos de inmigrantes busquen en el acceso a las profesiones liberales o en la carrera administrativa los caminos del ascenso social. De modo que si no se puede dejar de registrar la presencia de núcleos artesanales y empresarios dentro de la estructura social de la Argentina de las primeras décadas de este siglo, su peso tendrá demasiado escaso relieve para influir sobre el comportamiento de los sectores medios considerados en su conjunto.

Si los datos señalados caracterizan la extrema dependencia de la clase media urbana res-



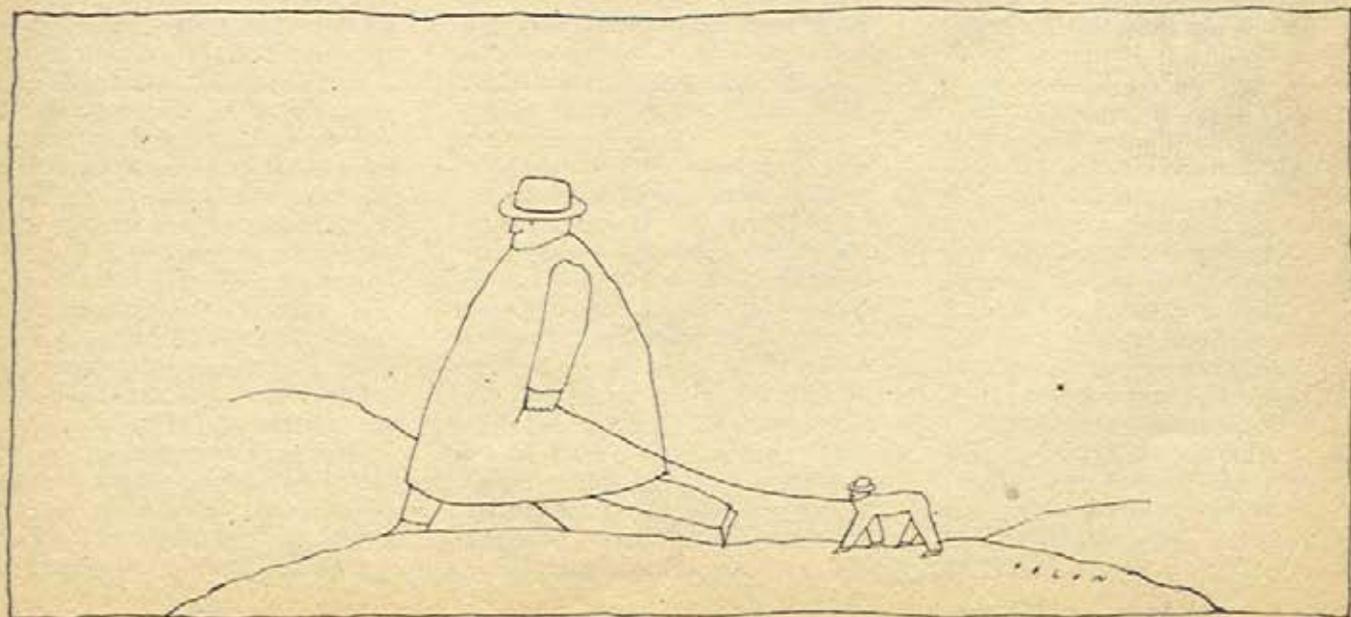
pecto de las vicisitudes de la economía agroexportadora basada en la gran propiedad, ¿qué factores explicarán, según Rock, la movilización política de esa clase y su impugnación de la legitimidad del régimen controlado por la élite conservadora? Pues las crecientes dificultades para insertarse en los canales del ascenso social a través de la universidad o de la administración pública, lo que tornará cada vez más conflictivas las relaciones con la elite y convertirá a la política en el medio imprescindible para ampliar esos accesos. Los grupos dirigentes del radicalismo supieron captar esas aspiraciones e incluirlas en el interior de un movimiento interclasista cuya bandera —gobiernos representativos sobre la base de la práctica genuina del sufragio— comenzó a traducir desde entonces también los reclamos de ciudadanía política real por parte de los sectores medios. En los años que transcurren entre 1905 y 1912, en que se aprueba la reforma del sistema electoral, el radicalismo

se expande y de las filas de la clase media urbana recluta no sólo adherentes, sino también cuadros dirigentes intermedios: "el grueso de los líderes de clase media del partido, que tendrían tanta importancia después de 1916, se afiliaron entre 1906 y 1912. La mayor parte de ellos eran profesionales urbanos con título universitario".

El carácter vago de las fórmulas programáticas del radicalismo, cuyos únicos enunciados claros no iban más allá de un reclamo de moralización de las costumbres políticas, fue funcional a la realización de esta política interclasista. Por otra parte, ninguna de las fuerzas coaligadas en el interior del partido, ni los sectores tradicionales ni los nuevos contingentes de clase media, aspiraban a modificar las premisas de la economía agroexportadora. Sin embargo, no todo será tan armónico. La inserción de la clase media y el surgimiento de cuadros dirigentes de esa filiación abrirá una disputa por la conducción del partido. Los recién

llegados, cuyo peso electoral se vuelve clave una vez que el radicalismo abandona la táctica de la abstención, no se resignarán a desempeñar un papel subalterno y presionarán cada vez más por arribar a las posiciones de dirección a expensas de los viejos núcleos terratenientes alojados en la cúspide del partido. La primera manifestación importante de este proceso tendrá lugar en ocasión de la discusión de la candidatura presidencial para las elecciones de 1916, y el triunfo de Irigoyen con el apoyo de los representantes de clase media indicará cómo se ha modificado la relación de fuerzas dentro del radicalismo. El conflicto se hará más agudo durante el ciclo de los gobiernos radicales y, sobre todo, en la década del 20 con consecuencias políticas significativas. Pero seguir estas vicisitudes en el libro de Rock (cuyos análisis aparecen a veces estrechamente economicistas) excedería los límites que nos hemos propuesto.

*Carlos Molinari*

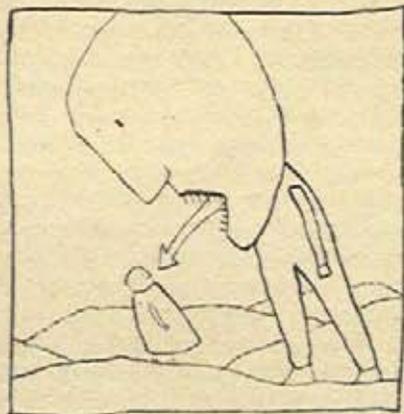


# El lugar de la locura

Maud Mannoni, *El psiquiatra, su "loco" y el psicoanálisis*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.

Una consideración de la locura, que pretende abarcar conjuntamente al loco, al psiquiatra, a la institución y al "saber" correspondientes constituye una empresa más que difícil. Si a la vez el discurso sobre la institución psiquiátrica se desliza sin mayores dificultades hacia la realidad de la institución psicoanalítica, el resultado puede bordear el escándalo.

M. Mannoni aborda esta empresa riesgosa, y el resultado es una obra excelente, pese a cierto exceso abarcativo. Discípula de Jacques Lacan, su talento aúna la solidez teórica con la agudeza clínica, en una perspectiva de cuestionamiento. Entre las obras de esta autora, ya conocidas en nuestro medio, su *Primera entrevista con el psicoanalista* (Granica, 1973) es indudablemente uno de los libros de psicoanálisis más leídos últimamente. *El niño, su "enfermedad" y los otros* (Nueva Visión, 1976) es una reflexión sobre el análisis de niños que, partiendo de la clínica, muestra cómo el síntoma aparece sostenido por un discurso colectivo que abarca a la vez al niño, a sus padres y al terapeuta. En



*Psicosis infantil* (Nueva Visión, 1971) se anticiparon temas y enfoques del texto que nos ocupa. En esa obra M. M. recopiló y comentó una serie de trabajos presentados en las "Jornadas de estudio sobre psicosis en el niño" (París, 1967), promovidas y organizadas por ella misma, en las que, junto a psicoanalistas de orientación lacaniana, participaron representantes ingleses del grupo fenomenológico (Laing) y antipsiquiátrico (Cooper) y el psicoanalista inglés Winnicott. Ya allí, resalta una virtud que continúa presente en su último libro: la capacidad para producir un discurso abierto —y además claro, lo cual no deja de ser importante— donde los conceptos lacanianos se ponen en juego y se confrontan, vale decir, *viven*. Sería deseable que también este "estilo" ins-

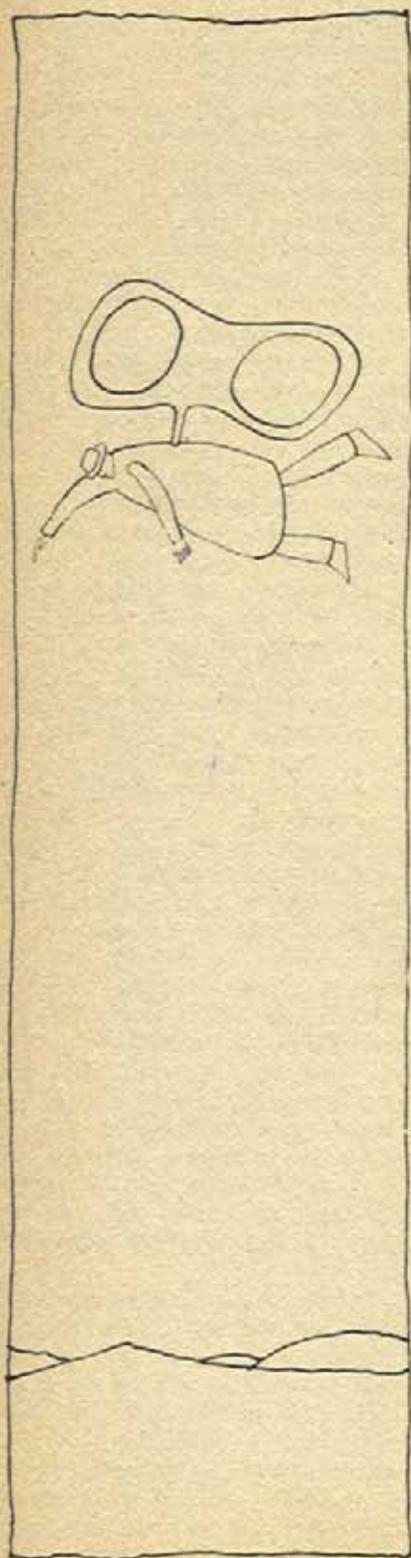
pire a los epígonos locales del pensamiento lacaniano.

La primera parte es el resultado directo de una investigación realizada en un hospital psiquiátrico francés y completada con el conocimiento y el contacto con otras experiencias, particularmente inglesas.

Ya la investigación sociológica (Goffman, por ejemplo) ha destacado cómo la "carrera de loco" debe ser entendida más allá —o más acá— de toda consideración psicopatológica como una contingencia relativa al contexto interpersonal y social. Lo que se destaca frente al loco, suele ser la *segregación* defensiva, de modo tal que la queja y la demanda —puntos posibles para una forma de encuentro que rescate al loco a su lugar de sujeto— choca con una función psiquiátrica asumida, ante todo, como moral y custodial, que hace desaparecer al sujeto en el seno de una clasificación nosográfica.

"Desde que se emite un diagnóstico de psicosis, la presión de la familia y la sociedad impulsan al médico a adoptar ciertas medidas, en el punto preciso en que quizás el único acto médico válido sería oponer un rechazo a la queja familiar y prestar oídos a lo que dice un paciente que corre el peligro de desaparecer como sujeto bajo el ropaje de la locura, para convertirse para siempre en el objeto del cual se habla, del cual se goza, y del que se dispone" (p. 50).

Frente a la concepción psiquiátrica clásica de la locura, que la definía —con criterio médico— como existente en el interior del paciente, el enfoque estructural —coincidente en ese sentido con la fenomenología de Laing— pondrá énfasis en mostrar a través del análisis cómo cada paciente en su locu-



ra "nos remite a una aberración que se sitúa en otra parte y no en ellos mismos" (p. 24).

Por otra parte, si la locura es objeto de un tabú, es precisamente porque nos interpela en aquello que tenemos de más propio. "El problema de la locura es inseparable de la pregunta que el hombre formula sobre su identidad (p. 27).

En ese sentido, una verdadera *actitud analítica* contrasta con la omnipotencia nosográfica de cierta psiquiatría que pretende saberlo todo de antemano sobre el paciente. Para aquella actitud, el saber no será un monopolio del analista, quien, para ser tal, debe prestar atención a la *verdad* que se desprende del discurso del psicótico. "Recibir la locura" aceptar el desgarramiento posible de tal interpelación, será entonces posible. Y el delirio, lejos de ser una expresión aberrante que debe ser aniquilada —vana pretensión que generalmente sólo consigue fijarlo— aparece para quien puede recibirlo como un "intento reconstitutivo de curación" (Freud).

En las referencias teóricas, destaca la autora que "el fenómeno de la locura no puede ser separado del problema del lenguaje, de un lenguaje atravesado por los efectos de la verdad" (p. 26). No sólo porque desde la infancia se encuentra el individuo atrapado por una cierta palabra relativa a la "locura" —a la vez amenaza y mandato— signifiante de lo absolutamente extraño. Más todavía, porque esa conducta "loca" se constituye "como un eco a una palabra siempre 'lateral' emitida por la familia o los miembros del hospital" (p. 39).

A la vez, "pasar por loco" ante otro, asumir la "máscara de la locura" y jugar en ese lugar paradójico está asociado a un cierto placer. El tema es

persistente en la literatura y los mitos. Véase este ejemplo que M. M. extrae de Pirandello:

"¡Ah!, ¡si yo pudiera, si yo pudiera!... ¡Ah!, encajarme hasta las orejas un bonete de loco y correr por las calles y las casas lanzándoles al rostro a todos sus verdades" (p. 43).

Si la locura puede adoptar "el aspecto de un *disraz* o de una artimaña" (p. 43), lo que atrae en ella es la búsqueda —imaginaria— de un cierto lugar de acceso a una verdad.

Pero cuando la locura "habla", se enfrenta con la institución psiquiátrica, que es confinamiento y pretende ser ciencia. Y como el modo en que la locura se despliega es función del marco en que se la recibe, la figura del internado se asimila a una suerte de monumento erigido para el psiquiatra.

"La ambigüedad de la práctica psiquiátrica es un hecho histórico que merece ser recordado. El status moderno de la locura, como lo ha señalado Foucault, no es el resultado de un progreso de los conocimientos, sino el resultado de una situación que el hombre común de fines de la Edad Media creó para reconocer mejor al loco y separarse de él" (p. 59).

La segunda parte aborda la relación del psicoanálisis con la institución psiquiátrica y con el campo de la locura.

M. M. insiste en la necesidad de revisar los conceptos acerca de la situación analítica y las características del encuadre y el proceso analíticos. En ese sentido, la relación con el psicótico entendida en términos de "regresión" y "simbiosis", no resulta adecuadamente abarcada en cuanto descuida lo esencial: "la articulación de los significantes".

Apelando a su experiencia

institucional busca responder a la siguiente pregunta: ¿es posible introducir en la institución asilar a la institución psicoanalítica?

La conclusión es que *no hay lugar*, en tanto las estructuras rígidas del asilo presentan un encuadre aun más inerte que el propio encuadre analítico.

"Las transgresiones del encuadre analítico (asimilado por el paciente al encuadre asilar) corren entonces el riesgo de producirse en el asilo, que se convierte de este modo en el lugar del *acting out*. El trabajo analítico se torna entonces imposible en una situación en la cual la constante se revela como una constante punitiva" (p. 84).

Todo lo que se dice está modelado ya por el asilo. No hay lugar para que surja una verdad, en la medida en que no hay lugar para lo *imprevisto*. A partir de allí, la ambigua posición del analista en la institución asilar no puede provocar otra cosa que rechazo. "En un lugar de tipo carcelario, nada tiene que hacer una institución que se proponga liberar una palabra" (p. 87).

Esto no significa que para la consideración estructural que la autora encarna, esté excluido el abordaje de la psicosis en una perspectiva de cura. En cuanto el problema para el psicótico se sitúa en el acceso imposible al deseo, la elección que se le ofrece al analista será: o bien desempeñar el papel de "madre buena" sofocando mediante criterios normativos o caritativos todo lo que en el otro ha quedado fijado en una *impasse*, o bien sustraerse a la fascinación imaginaria que ejerce en él la locura del otro, y llegar por medio de la palabra (situándose en un cierto lugar del discurso

sintomático) a aquello que los efectos de sentido puedan representar como marca significante, en un recuestionamiento de la posición del sujeto.

Pero en todo caso el encuadre de la institución (psicoanalítica o social), en cuanto es "depositario del mundo fantástico del paciente" debe convertirse en objeto de análisis, "para permitir que se desaten los vínculos 'psicóticos' establecidos por el paciente con la institución" (p. 129).

En la tercera parte se abordan inicialmente los problemas que intenta responder la antipsiquiatría y el modo en que el psicoanálisis puede responder a las mismas cuestiones. Una cuidadosa confrontación teórica permite acotar las contribuciones de Jacques Lacan en relación a las concepciones institucionalistas (Oury), fenomenológicas (Laing, Esterson), antipsiquiátricas (Cooper) e interaccionales (Bateson y Wynne).

Y si algo debe ser indicado en la "clínica" de las psicosis, es que antes que nada lo que demanda es "ser recibida":

"Porque nunca lo repetiremos suficientemente: en el momento en que el psicótico se ve llamado a tener que concordar con sus significantes, en ese momento hace, en condiciones determinadas, un esfuerzo que desemboca en el desarrollo de una psicosis.

Esta psicosis no tiene tanta necesidad de ser 'curada' (en el sentido de una detención) como de ser recibida. Lo que el paciente busca es un testigo y un soporte de esa palabra ajena que se le impone" (p. 183).

Finalmente, la *institución psicoanalítica*, particularmente en relación a los problemas derivados de la formación y la en-

señanza del psicoanálisis, merece una importante consideración crítica.

Lo hace partiendo de la historia del psicoanálisis y de la particular relación de Freud con un "saber" doble: basado por un lado en la observación clínica (Charcot, Breuer) pero a la vez en esa relación imaginaria—transferencia mediante— con Fliess que se convierte en el soporte de otra forma de "saber" ligada a los avatares del deseo inconsciente. Y ese "saber" supone, ante todo, poder ocupar la posición de "enfermo".

"En su fascinación por las formalidades institucionales, los analistas han perdido de vista el origen de la experiencia freudiana, experiencia en cuyo curso Freud había ocupado en un principio y ante todo la posición de 'enfermo' (repetámoslo: Freud mantuvo con Fliess un discurso sintomático, y el segundo ocupó en esa relación el lugar de un médico idealizado). A través de esa relación y de la queja de la transferencia se tejió el saber de Freud sobre el psicoanálisis..."

"Los analistas han perdido de vista toda esta verdad. La formación analítica ha tenido como eje no tanto la identificación del candidato con el 'paciente', como los desempeños que debe realizar en relación con el objetivo fantaseado de 'convertirse en psicoanalista'. Han olvidado hasta qué punto es el analizando el que hace su análisis: han puesto el acento en la única vertiente de analista que se supone 'hace' un analista, en una tradición de tipo totalmente 'clerical'. Según esta perspectiva, el analista ya no es el 'sujeto que se supone sabe', sino aquel que sabe para el 'bien' de su paciente, de un paciente que tiene el status de alumno" (p. 187-188).

También la cuestión del llamado *análisis didáctico*, ligado a los "ritos de iniciación" en el análisis, merece una indagación que retoma la experiencia surgida de la historia del movimiento psicoanalítico, para denunciar una desviación "tecnocrática". Ya Freud reconoció en 1914 que son las dificultades surgidas a propósito de la enseñanza del psicoanálisis las responsables de las disensiones y las escisiones, y esto parece tener validez todavía. Las escuelas de psicoanálisis han ido asemejándose a un modelo de enseñanza médica universitaria; en su interior proliferan los enfrentamientos, las intrigas y las luchas de prestigio. El candidato a analista no puede menos que quedar "marcado por los efectos de rebote de estas querrelas de cofradías, sobre todo si su analista no soporta que cuestione o agreda el marco institucional al que pertenece" (p. 191).

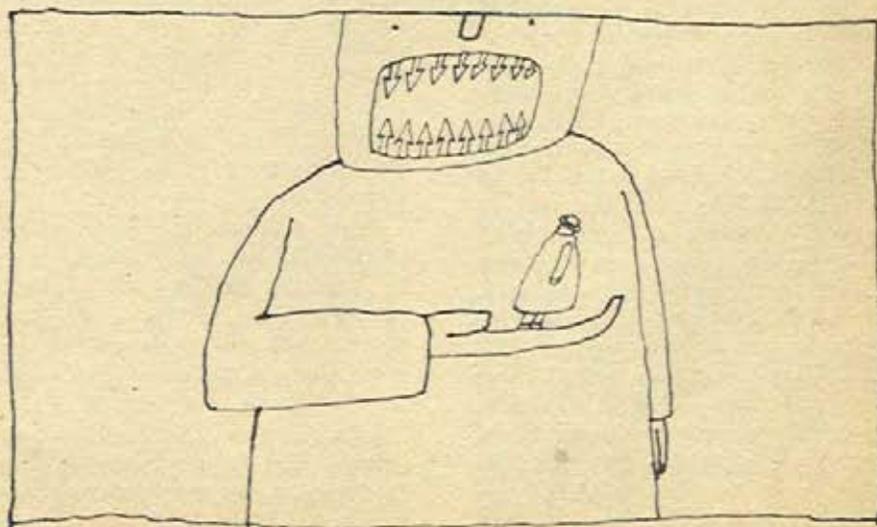
La consecuencia de un "didáctico" así institucionalizado es que en él, el lugar que realmente importa es el de *alumno*, a menudo ya totalmente fascinado por la imagen del analista

"jefe", que algún día, cuando le llegue su turno estará llamado a encarnar.

El texto incluye también una confrontación teórica de la concepción estadounidense y la enseñanza lacaniana acerca del proceso analítico, en uno de los pasajes más esclarecedores, imposible, por otra parte, de reseñar.

En conclusión, esta obra se abre sobre un conjunto de temas: la institución y el saber psiquiátricos, el lugar y la función del "loco", las vías posibles de abordaje de las psicosis, la institución psicoanalítica y sus conflictos y fracturas. En un discurso fluido, M. M. recorre este extenso itinerario dejando innumerables hallazgos, que son ante todo un estímulo permanente para la reflexión del lector. Un eje constante recorre este libro admirable: la intención desmitificadora y crítica de la oclusión que en las instituciones asistenciales y formativas deriva de la cerrada asimilación a un modelo médico, que en último término se sustenta en un ideal moral represivo.

Hugo Vezzetti



## Hudson:

# ¿Un Güiraldes inglés?

G. E. Hudson, *Allá lejos y hace tiempo*, traducción de J. A. Brusa, prólogo de Jaime Rest, Buenos Aires, Ediciones Librerías Fausto, 1977.

Hay una larga historia de intelectuales europeos asimilados por la cultura argentina. Pedro de Angelis, Paul Groussac, Amadeo Jacques, Charles de Soussens, son algunos de los nombres de una compleja tradición de intelectuales extranjeros que se integran y llegan a cumplir funciones a menudo decisivas en distintos momentos de nuestra historia. Preguntarse por esa función, preguntarse cómo fueron integrados, qué lugar ocuparon, cómo influyeron en la literatura argentina es un modo de entender los mecanismos de una cultura que —definida desde el principio por la oposición entre civilización y barbarie— tuvo en el europeísmo, en el cosmopolitismo, una de sus corrientes principales. Corriente que se superpone en nuestro país con la historia de los intelectuales y a la que Sarmiento sintetizaba en 1848 al definir así al que consideraba el mayor intelectual argentino de la época: "Es Florencia Varela en efecto no el hombre más instruido que tiene hoy la República Argentina, sino la naturaleza más

culta, el alma más depurada de todos los resabios americanos, es el europeo aclimatado en el Plata". Y si los escritores argentinos (Echeverría, Sarmiento, Cané pero también Borges) se han definido por su relación con Europa y en más de un sentido han definido su función como la de "aclimatar" en el Plata las ideas europeas, estos "verdaderos" europeos encarnaban y condensaban a menudo la figura del intelectual por excelencia. No es casual que el italiano Pedro de Angelis, experto en Vico, colaborador de la *Revue Encyclopedique*, amigo de Michelet y de Destutt de Tracy fuera el intelectual orgánico del rosismo, el encargado de sistematizar el aspecto europeo, ilustrado y liberal de la contradictoria política ideológica de Rosas; del mismo modo que no es casual que fuera un europeo, Charles de Soussens, versión acriollada y un poco paródica de Paul Verlaine, el que encarnara de un modo ejemplar y hasta sus últimas consecuencias la ideología de la bohemia literaria en la Argentina modernista de comienzos de siglo. En cada caso venían como a cristalizar y a sintetizar, en tanto europeos, la figura modelo del intelectual argentino. En este sentido no hay caso más representativo que el de Paul Groussac: porque sin duda el intelectual del 80 por

excelencia es Groussac y no Cané, ni Mansilla, ni Wilde.

Ahora bien ¿qué lugar tiene Hudson en esa tradición? ¿Habrá que considerarlo, también a él, un escritor europeo "aclimatado en el Plata"? Esa no es la opinión de la crítica argentina que más bien (Hudson nació en Quilmes, en una familia de origen inglés y vivió treinta y tres años en Argentina) lo considera un escritor argentino que desarrolla su obra en Europa. Esta asimilación parece un poco abusiva. Escritor de lengua inglesa, Hudson es un europeo que escribe para europeos. Por supuesto la temática de alguna de sus obras es argentina pero basta analizar en *Allá lejos y hace tiempo* el sistema de analogías y comparaciones para encontrar un procedimiento típico, por ejemplo, en los viajes ingleses. ("Esos renegridos pájaros, como el cuclillo europeo". "Florencia en noviembre, un mes tan caluroso como el de julio en Inglaterra". "Yo solía ver, hace muchos años, a un inmenso sujeto peludo que se paseaba por el parque St. James. Puede ser que algunos de los lectores recuerde a tan excéntrico personaje; les aseguro que era realmente un elegante comparado con mi ermitaño".) Hudson utiliza siempre como término de la comparación un elemento familiar al lector europeo. Pero no sólo escribe en inglés para lectores ingleses: de hecho Hudson se define como escritor inglés ("Nuestra literatura poética, particularmente desde la primera aparición de las *Lyrical Ballads*" de Wordsworth). En este sentido habría que emparentarlo, antes que con Conrad, con Rudyard Kipling. Como Kipling (o para tomar un ejemplo contemporáneo, como Doris Lessing) Hudson es un escritor nacido en "las colonias"

(y como ha sido señalado en un análisis clásico de la economía europea no había mucha diferencia entre Argentina y la India en sus relaciones con Gran Bretaña a fines de siglo) que se educa y vive en una cerrada comunidad inglesa. Por de pronto lo mejor de *Allá lejos* es justamente la reconstrucción de la vida y las costumbres de esos colonos ingleses que tratan de preservar su cultura, su lengua y sus tradiciones en medio de la agresiva realidad de la campaña bonaerense durante la época de Rosas. ("Las familias más prósperas enviaban a sus hijos para seguir estudios a Inglaterra pero era muy costoso y nuestra situación económica no lo permitía"; se recurría en esos casos, para garantizar una educación inglesa, a preceptores que, como el memorable Mr. Trigg "erraban a caballo por las pampas, visitando a los colonos ingleses, escoceses e irlandeses, criadores de ovejas en su gran mayoría, pero evitando todo contacto con los criollos"). La vida de esos colonos no se diferenciaba demasiado de la de otros súbditos ingleses asentados en las distintas regiones del mundo hasta las que llegaba el comercio británico y sus "avanzadas del progreso" al decir de Conrad.

Como Kipling, Hudson utilizará su experiencia en esos lugares "exóticos" para elaborar una literatura a tono del lector europeo de la época. Esas regiones de África, Asia o América Latina, todavía libres del efecto "destructor" de la civilización industrial, donde la sociedad parecía mantenerse en estado de naturaleza conservaban para la mirada europea, toda la atracción del misterio y de la inocencia. Pero esta nostalgia del estado de naturaleza

(que no casualmente en Hudson se identifica con la niñez, con la libertad, con el paraíso perdido y con la memoria mágica del "país natal"), este culto a la simplicidad primitiva del mundo natural opuesto a los artificios y a la corrupción de la vida urbana, también se había convertido en esos años (por otras razones) en una de las ideologías básicas de la cultura argentina. Momento clave en nuestra historia intelectual, se produce una inversión en la tradicional dicotomía entre civilización y barbarie. Porque si desde Sarmiento, Echeverría y Alberdi la barbarie había sido el desierto, la pampa, el primitivo mundo rural en guerra con la ciudad y con la civilización, hacia fines de siglo la ciudad, invadida por los inmigrantes, asolada por "los bajos intereses materiales" y por las luchas sociales pasará a ser la metáfora negativa y hostil de una sociedad en transformación en la que están en peligro las pautas tradicionales. Correlativamente la pampa, el gaucho, el pasado rural, se transformarán en el paraíso perdido donde se conservan los valores de una Argentina secreta y esencial. En ese marco se producen las primeras traducciones de Hudson y su asimilación a una tradición de la literatura argentina, en el interior de la cual es leído y comentado. Es significativo, en este sentido que Borges haya sido el primer escritor argentino que escribió un ensayo sobre Hudson. En *El tamaño de mi esperanza*, libro de 1926, dirá que en Hudson "está claro y terminante el dilema que exacerbó Sarmiento con su gritona civilización o barbarie y que Hudson resuelve sin melindres, tirando derechamente por la segunda. Esto es, opta por la lla-

neza, por el impulso, por la vida suelta y arisca, sin estiramientos ni fórmulas, que no otra cosa es la mentada barbarie". Se trata, por supuesto, de otro Borges: el Borges de la década del 20, populista, irigoyenista, defensor de "la criolledá": el Borges que resume el clima intelectual que dará como resultado mayor el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes. *Don Segundo Sombra* (novela a la que, por otro lado, Borges emparenta con *Kim de la India* de Kipling) donde aparece, como en Hudson, la exaltación de la vida natural asimilada con el relato de iniciación, la nostalgia de una mítica Edad de Oro identificada con el fin de la infancia y también una mirada fascinada, un poco turística, de las costumbres rurales.

Si *De Angelis* es el reverso, pero también la figura complementaria de Echeverría durante la época de Rosas; si Groussac es una especie de doble perfeccionado de Miguel Cané; si Soussens es la contracara de Lugones (y en este caso habría que tener en cuenta la presencia y el papel mediador que entre los dos cumple Rubén Darío); si Gombrowicz (ese polaco vagamente apócrifo también aclimatado durante largos años en el Plata) es el reverso de Borges, o mejor, se define en el *Diario argentino* como el reverso de Borges, ¿habrá que decir que Hudson es un Güiraldes inglés? No sería inútil releerlo desde esa perspectiva, esto es, pensar sobre todo en el contexto en que su obra comenzó a ser traducida entre nosotros y sus libros asimilados e integrados en la literatura argentina.

Emilio Renzi

## La política del ochenta



Natalio R. Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1977.

La legitimidad del poder, la organización del consenso, la resolución jurídico-institucional de los conflictos, típicas cuestiones de la sociología política, son el andamiaje que organiza la densa materia histórica del presente ensayo de Natalio Botana. El Estado argentino moderno había surgido del término de las disputas que —desde Caseros a la federalización de Buenos Aires— enfrentaron a diferentes fracciones del patriciado. Por entonces, un conjunto de instituciones y sus reglas, que respondían al modelo republicano, aseguraron la permanencia en el poder de los sectores cuya hegemonía había cristalizado en torno a la figura de Roca.

Botana se propone describir estas leyes de funcionamiento y comparar su modelo formal con el movimiento social efectivo. La pregunta sería: ¿qué tipo de sociedad, de costumbres políticas, de ideología, se cobijaba tras la fórmula alberdiana que resume el proyecto del 80? Veamos primero la fórmula: "Repito que estoy libre del fanatismo inexperto, cuando no hi-

pócrita, que pide libertades políticas a manos llenas, para pueblos que sólo saben emplearlas en crear sus tiranos. Pero deseo abundantísimas las libertades civiles o económicas de adquirir, enajenar, trabajar, navegar, comerciar...". cita Botana. Tras haber procedido a la unificación geográfica y política de la nación, la oligarquía —concepto que Botana analiza en su ensayo— abordó la tarea de definir, en la práctica política, la aplicación de los principios constitucionales.

En primer lugar, los medios para implementar el control de la sucesión presidencial (y de los gobernadores provinciales); luego, la unificación del sistema electoral, que es el instrumento para el cumplimiento del primer objetivo. Según los preceptos constitucionales, de la voluntad del pueblo elector, expresada en el comicio, surgen —sin mediación— el gobernador y la legislatura provincial así como los diputados nacionales; y —por la mediación del colegio electoral— el presidente, y de las legislaturas provinciales, los senadores. Sin embargo, la élite creó un dispositivo electoral que sólo en la forma conservaba este movimiento, ya que el contenido efectivo del sistema era el de una "república electiva", en la que un bloque de notables

(sobre quienes pesaba la voluntad del Presidente) definía los candidatos a la sucesión. En los hechos, explica pormenorizadamente Botana, el Presidente se convertía en Gran Elector de su sucesor y supervisaba estrictamente las sucesiones provinciales y la integración de los cuerpos legislativos. Esta república electiva es la expresión política de las elites de poder y, al mismo tiempo, la fuente de la "crisis de legitimidad" que hará tambalear su escenario desde los albores del siglo XX.

Una anécdota registrada por Botana, quien le adjudica el carácter emblemático que efectivamente tiene, describe los pormenores del funcionamiento y composición de la clase política. Dice Botana: "La designación oculta no parece ser, sin embargo, un acto perteneciente a una suerte de ámbito reservado del Presidente; exige por el contrario la intervención de otros actores. El mismo Rivarola [Rodolfo Rivarola] describe las cosas años después: ...de pronto oí que nuestro político decía: 'Pero si a ese X (el gobernador) nadie lo conocía. El gobernador cesante Y no podía entenderse con el senador Z sobre la elección del sucesor. Entonces yo los reuní una noche en que el Presidente debía venir para verse con ellos. Aquí, en esta misma sala los arreglamos y decidimos que X fuera gobernador'. El político era el doctor Pellegrini, la provincia era Santa Fe y el Presidente el General Roca."

Así, no sin conflictos internos (el de la rivalidad de jurisdicción y poder entre el gobernador de Buenos Aires y el Presidente fue el más grave), un conjunto de notables asumía el gobierno, el control de la sucesión y aseguraba el orden político y la

continuidad jurídica de la república conservadora. En el ensayo de Botana se describe la integración de esta élite, extremadamente reducida, y de su cúpula constituida por ex Presidentes, gobernadores, ex vicepresidentes y legisladores nacionales. Por otra parte, al señalar la circulación de los notables entre uno y otro peldaño de los oficios republicanos, Botana corrobora el carácter cerrado de la clase política, sus vínculos familiares y la extensa permanencia de sus miembros en el cargo público.

La intervención del gobierno nacional en las provincias y el fraude electoral son —siguiendo el ensayo de Botana— los dos rasgos característicos de la etapa. No son sólo los radicales los que denuncian el fraude como principal cualidad del mecanismo electoral. Hacia el 900, los notables reformadores, como Joaquín V. González e Indalecio Gómez, dejaron en sus intervenciones parlamentarias testimonio de los métodos aplicados en toda la república. En el largo debate que precedió a la sanción de la nueva ley electoral de 1912 no todo versó sobre circunscripciones electorales o tipo de representación. Muchos de los notables no compartían el juicio optimista que adjudicaba al radicalismo el lugar de una primera minoría. El ensayo de Botana se cierra con el análisis de lo que hoy llamaríamos un "error de cálculo". El ciclo de las reformas no podía dejar intacta la presidencia.

En síntesis: el libro de Botana demuestra que la interrogación sobre la legitimidad, no en términos éticos sino sociológicos, puede proporcionar una perspectiva útil a la historiografía política.

*Silvia Niccolini*

# Chicanos y navajos: un drama de minorías

"Los lugares a los que nos mudamos son lindos y tranquilos: barrios judíos, irlandeses o italianos. Pero después de dos o tres años, éstos se van y empieza a llegar la gente que vive del Seguro Social. Soy un hombre decente. ¿Por qué los judíos o los italianos se mudan cuando yo llego? ¿Por qué huyen?" José Vega es un portorriqueño en Nueva York, tiene trabajo estable, una familia con hijos en la secundaria, es técnico y trabaja en un hospital privado. Sin embargo, la sociedad a la que procura integrarse, cuyos valores ha adoptado renunciando incluso a una porción de sus propias tradiciones culturales, cumple con él el mismo circuito de rechazo que hace décadas soportaron también los irlandeses, los italianos a su llegada a Nueva York. La historia pone su toque de ironía en el éxodo de barrio a barrio de los Vega: son precisamente los segregados de ayer los que miran con malos ojos la llegada de portorriqueños a sus distritos residenciales. Los blancos de origen no hispánico con quienes trabaja Vega y en cuyos barrios desearía vivir, no lo consideran simplemente como a un trabajador portorriqueño sino como representante de un grupo indeseable.

En la actualidad, una buena cantidad de datos sugiere que, quizás más que los negros, los portorriqueños sufren la carencia de una "imagen social positiva": representan el Seguro Social, las drogas, la marginalidad para comunidades que hace sólo treinta años el norteamericano de origen anglosajón despreciaba y, en ocasiones, temía. El tipo de rechazo que persigue

hoy a los portorriqueños tiene una larga historia en Nueva York, ciudad que tuvo varios otros objetivos de marginamiento. Los "patanes irlandeses", arribados hacia fines del siglo pasado, de los que se desconfiaba por celtas y papistas y a los que se obstaculizaba el ingreso al trabajo más calificado y la participación política. Y de los judíos, el *New York Times* escribía en 1893: "Este barrio está casi totalmente ocupado por gente que alega haber sido perseguida en Polonia o Rusia. Lo cierto es que sus residencias molestan la vista en Nueva York y constituyen el lugar más sucio del mundo".

En una dramática descripción de la ciudad norteamericana, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Jane Jacobs detalla el obsesionado camino que recorren los ricos desde el centro de la ciudad, la isla de Manhattan (hoy invadida por la basura y el deterioro) hacia las afueras, seguidos por negros, chicanos y otras minorías que van ocupando sus barrios y sus casas. Como la historia parece tender a convertirse en un círculo, la profecía de otro de los portorriqueños entrevistados por el *New York Times* —publicación que ha recopilado un extenso material sobre el tema— desafortunadamente no parece imposible: "Somos una raza grande y orgullosa. Nuestros hijos serán mejores que nosotros y quizás, algún día, llegue otra raza que los portorriqueños discriminarán. Espero que no suceda, pero fijese lo que ha pasado hasta ahora".

El estado de Arizona es, también de acuerdo con el *New York Times*, escenario de otro drama de minorías. Lo que según algunos testigos es la mayor reubicación de una tribu indígena desde el final de las guerras que los tuvieron como protagonistas y derrotados, se está realizando en nombre de la justicia. El gobierno de los Estados Unidos intenta rectificar la demarcación de tierras de las reservas navaja y hopi. De acuerdo con los técnicos federales y los reclamos de los hopi, los navajos ocupan actualmente

amplias extensiones que no les pertenecen. Y el estado ha resuelto que esas tierras sean devueltas a sus legítimos dueños: las reservas hopi. Pero para ello es preciso expulsar y reubicar 3.500 navajos, que, por supuesto, resisten la medida.

El programa de reubicación contempla una asignación de 5.000 dólares por familia, en bonos del gobierno, además de la construcción de la nueva casa. Si los navajos más jóvenes y menos tradicionalistas —una minoría dentro de los 3.500— estarían dispuestos a aceptar los términos de la oferta, la mayoría de los más viejos y menos inclinados a la innovación alegan haber vivido por espacio de generaciones en esas tierras y se muestran renuentes a abandonarlas por la fuerza o el imperio de la decisión federal. En realidad, más que renuentes. "Voy a matar a alguien antes. Me quedaré y pelearé. Si algún agente federal llega aquí, lo haré trizas al desgraciado. No me importa que venga el mismísimo presidente". Quien pronuncia la amenaza ya conoció antes un proceso de reubicación, por motivos similares. En la localidad de Big Mountain, una pastora, cuyos abuelos y bisabuelos pacieron sus ovejas en el mismo sitio, resistió con violencia la llegada de la comisión federal: atacó al jefe con su cayado y le tiró un puñado de arena a los ojos; luchó luego con otro de los hombres, que la había insultado, lo venció y tiró al suelo. Es impredecible lo que sucederá en Big Mountain y en cientos de otras casas navajas cuando las comisiones vuelvan decididamente a forzar el cumplimiento del plan.

El problema cultural e ideológico, que el gobierno norteamericano deberá resolver si desea avanzar en su programa de justicia para con los hopi, es arduo. Para los navajos tradicionalistas el dinero carece de valor, y tampoco quieren nuevas casas. Pretenden sólo conservar las ovejas y las pasturas de sus antepasados. Y, sin duda, toda reubicación reaviva historias y recuerdos de marchas, desalojos y éxodos sobre tierras que, por centurias, habían sido sus dominios.

# Vistazo

## sobre ediciones en el exterior

*La génesis de la palabra* reproduce un simposio de la Asociación de Psicología científica de Lengua Francesa, realizado en 1975. El volumen plantea y elabora respuestas en torno a preguntas sobre la adquisición del lenguaje en los niños, el desarrollo de las actividades de lenguaje, la comunicación prelingüística, el desarrollo cognitivo y la adquisición del lenguaje y el bilingüismo, con la participación de J. P. Bronckart, P. Malrieu, M. Siguan Soler, H. Sinclair de Zwart y otros especialistas. Editó PUF con el título *La genèse de la parole*.

*Dialogues*, la colección de Flammarion, publica precisamente el volumen con los diálogos entre Gilles Deleuze y Claire Parnet. En ellos, Deleuze amplía su crítica del "imperialismo psicoanalítico" y avanza propuestas para lo que él denomina una nueva ciencia: la "economía libidinal", cuyo objeto es la articulación y el mecanismo del deseo.

También en *Dialogues*, Flammarion ha publicado recientemente los del lingüista norteamericano Noam Chomsky con la investigadora francesa Mitsou Ronat. Con claridad, se exponen las líneas que condujeron a vincular el estudio del lenguaje con la psicología y la sociología. Pero Chomsky expone también sus ideas políticas y su concepción del "deber de los intelectuales".

*Imagen y pedagogía. Análisis semiológico del film didáctico*, de Geneviève Jacquinet, encara el análisis de los documentos audiovisuales e interroga su estructura a fin de conocer los mecanismos de su funcionamiento. Se plantea, luego, cómo construir un film o una emi-

sión televisiva con objetivo didáctico. Editó PUF.

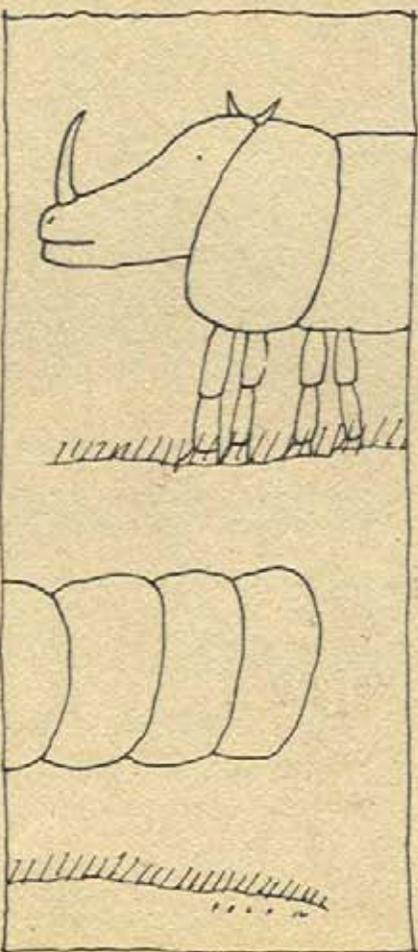
*El espectáculo, enciclopedia de cine, circo, teatro, tv, ballet*, apareció el año pasado en Milán. Incluye voces generales de carácter teórico-crítico y una gran acumulación de datos en las entradas correspondientes a autores, actores, directores, etc., desde la antigüedad hasta hoy. Con más de 700 páginas, editó Garzanti.

*Teatro inglés, sus formas y desarrollo* es el título de un conjunto de ensayos reunidos por Marie Axton y Raymond Williams, uno de los más brillantes

críticos ingleses. El volumen incluye ensayos sobre el uso de la máscara en el teatro isabelino, la forma cómica en Ben Jonson, el drama histórico, la relación entre las concepciones de psicopatología en el siglo XVII y su reflejo en el teatro y un trabajo, precisamente de Raymond Williams, sobre el medio social y el medio teatral. Editó Cambridge University Press, con el título de *English Drama*.

*Los grandes folletines* es el nombre de una colección de Flammarion aparecida en 1977. Tanto en París como en Buenos Aires parece ponerse al orden del día la literatura de aventuras, sentimental, romántica, que coloca la acción en primer plano y la simplicidad y convencionalidad de conflictos muchas veces rebuscados hasta la exageración como principal atractivo. Flammarion ha editado: *El oro de la Berezina*, un drama de la época napoleónica, y *Ebano*, la historia contemporánea de una negra, campeona olímpica y graduada en ciencias políticas que descubre un horrible contrabando humano en pleno desierto. Mientras tanto, en Nueva York se reeditan los folletines de Cesare Zavattini.

*El siglo de las luces*, monumental obra colectiva de Albert Soboul, Guy Lemarchand y Michèle Fogel, ha visto aparecer el segundo volumen de su primer tomo que abarca desde la muerte de Luis XIV hasta 1750. Demografía, economía, historia cultural y filosófica explican las guerras tradicionales y los nuevos conflictos que preparan la plenitud del siglo y el ciclo de grandes transformaciones que se avicina. Editó PUF, con el título *Le siècle des Lumières*, tomo I, *L'Essor*.

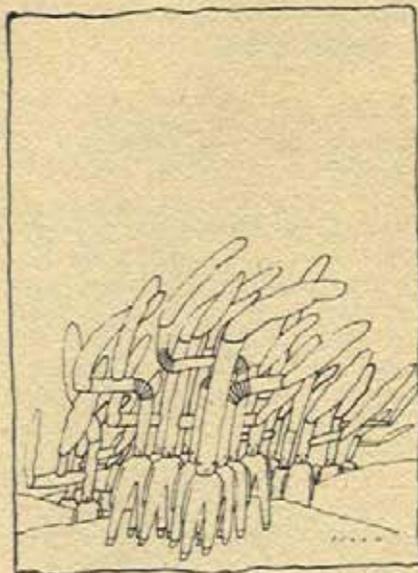


# Exposiciones en Europa

En 1977 se cumplieron cuatrocientos años del nacimiento de Rubens. Como no podía ser menos, sus obras fueron expuestas en varios museos europeos, en muestras, algunas de ellas, memorables. Más de 200 dibujos del pintor flamenco pudieron verse en el British Museum de Londres; en Anvers, una muestra estuvo consagrada al fundamental período italiano y en París otra exposición del pintor, organizada por el profesor Müller Hofstede, evocaba el mismo período. En Colonia, en 1972, pudo comprobarse, a través de las piezas de un conjunto excepcional, la profunda influencia que la pintura italiana ejerció sobre los alemanes del siglo XVII. Asimismo en Mantua, otra exposición Rubens, realizada en noviembre de 1977, justificó ampliamente la afirmación de una impronta profunda: en Rubens, como en Goethe, el deslumbramiento ante la antigüedad y el arte renacentista se tradujeron en la "forja italiana".

Una vasta colección de obras del expresionismo alemán fue expuesta en la Galería Nazionale di Arte Moderna, de Roma. La muestra incluye un centenar de obras de gráfica y cuadros de Heckel, Kirchner, Mueller, Nolde, Pechstein y Schmidt-Rottluff. También en Roma, en este momento, puede verse una colectiva titulada: "Alemania: principio de siglo". Ambas exposiciones resaltan la importancia, no sólo para la pintura sino también para la gráfica, la escenografía, la caricatura política, de los artistas que hacia 1905 se agruparon en Die Brücke.

El Grand-Palais, en París, ofreció sede durante enero de 1978, a una exposición de piezas de porcelana de Vincennes, origen de la de Sevres, que fueron producidas en el decenio que corre



entre 1745 y 1756. Sobre la muestra y el carácter de las piezas, la crítica de Paule-Marie Grand aseveraba: "No era fácil ordenar tantos bellos objetos que nacieron sin orden, ya que Vincennes fue un nudo de experiencias donde se utilizó con una suerte de voracidad un repertorio decorativo inmenso. Al comienzo, era inevitable un estilo recargado. Luego, muy rápidamente, incluso antes de la depuración de Sevres, la porcelana debió elegir. Y no sólo en su propio dominio, entre los efectos del estilo japonés Imari y los de Meissen o Chantilly; escuchó solicitudes de muchas fuentes, de la orfebrería, de la escultura, de la marquería en maderas preciosas. Y los Gobelinos muestran con evidencia la circulación de temas, en una época en que un candelabro se diseñaba como un jardín o una columnata". Brillante, contaminada de influencias no depuradas aún, y heterogénea, la muestra de porcelanas testimonia un momento del arte del siglo XVIII en que la sofisticación se ha convertido en una segunda naturaleza.

## Sobre la práctica psicológica

*En su Boletín número 49, de diciembre de 1977 que acaba de llegar a nuestro país, la Sociedad Interamericana de Psicología, que agrupa como asociación científica y profesional a psicólogos de toda América, comunica que, por decisión de su Junta Directiva, la Sociedad ha adherido a la Resolución sobre Ética Profesional en Psicología, aprobada, en junio de 1966, por la Asamblea de la Unión Internacional de Psicología Científica. Junto con la "condena al vejamen y persecución de los psicólogos y profesionales afines", su destitución de los cargos que ocupaban y su exclusión del trabajo profesional, la Sociedad afirma: "La utilización de los conocimientos y técnicas psicológicas para la violación de los derechos humanos... deben ser violentamente rechazados". Y, más adelante, la misma declaración agrega: "la colaboración por parte de psicólogos en actos de represión y tortura dirigida a prisioneros políticos o a otras personas [debe considerarse] como una violación al código ético de la profesión". Al respecto conviene recordar que este tramo de la declaración pone sobre el tapete las denuncias reiteradamente realizadas por intelectuales soviéticos sobre internación de prisioneros políticos en manicomios y otros usos represivos de técnicas psiquiátricas. Tales denuncias, debidamente comprobadas por las organizaciones internacionales que abordan la cuestión de los derechos humanos, están en la base de ese punto de la Declaración suscrita por la institución mencionada, cuya sede es la Paul University, de Chicago.*

# Carlos Fuentes: el límpido deseo de Buñuel

En el número 14 de la revista "Vuelta", publicada en México con la dirección de Octavio Paz, se publica un texto de Carlos Fuentes, "Diario de ayer y de hoy", del que extraemos un fragmento sobre el film "Ese oscuro objeto del deseo", de Luis Buñuel. Dice así:

Es la tercera versión cinematográfica de la novela de Pierre Louys, *La Femme et le Pantin*; las dos anteriores fueron dirigidas por Sternberg y Duvivier; primero Marlene y luego Brigitte encarnaron a la bailarina Conchita, ángel y demonio en una sola carne. La unión de Conchita-Jekyll y Conchita-Hyde en la misma persona, paradójicamente las separaron; Sternberg y Duvivier, siguiendo las indicaciones de Pierre Louys, establecieron una simple antinomia. Buñuel hace exactamente lo contrario: emplea a dos actrices diferentes y resuelve la contradicción: el ángel y el demonio son la misma mujer, aunque físicamente don Mateo, el hombre que la (las) desea las (la) perciba a veces con los rasgos fríamente clásicos de una o con la apariencia vulgarmente sensual de la otra. Don Mateo ve a una Conchita entrar al baño a cambiarse de ropa; sale la otra armada con un corset de cien nudos gordianos. Conchita deja de ser dos, deja de ser una dividida en dos, deja de ser contradicción: es una porque es otra. El deseo ha encontrado su oscuro objeto: la mujer se ofrece como una y otra y Don Mateo, prisionero de la lógica

formal que todo lo concibe separado, dual, en oposición, no puede cortar con su espada fálica los nudos del corset. Le hace falta aceptar que la mujer, para ser suya, exige que Don Mateo también sea otro y él no puede: no es capaz de transfiguración, debe poseer a la mujer como su objeto y debe poseerla como don Mateo, hombre decente, ordenado, rico y cincuentón.

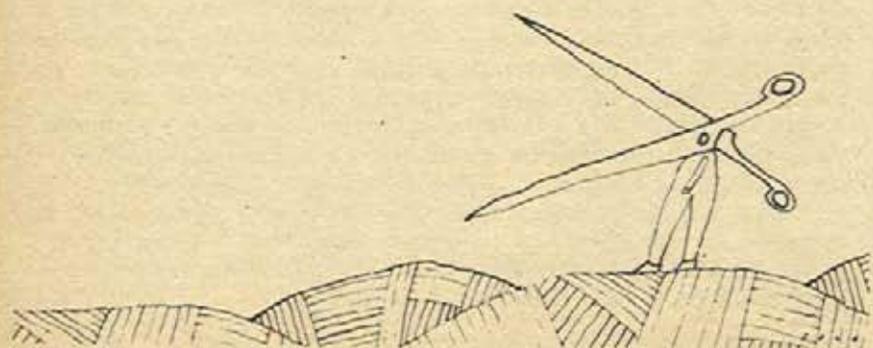
Don Juan siempre vio a la mujer como un espejo; la mujer se vengó devolviéndole la imagen del cielo y del infierno a fin de despojar al libertino de su libertad pagana. El Don Juan sin cielo ni infierno se llama Casanova, el espantoso Casanova de Fellini: lejos del mundo pagano, pero también lejos del mundo religioso, Casanova es Don Juan desmentido por el Siglo de las Luces. Capturado en la racionalidad dieciochesca, Casanova es una máquina lógica de fornicación mecánica. Don Mateo es el Don Juan y el Casanova de nuestro tiempo, sin mito pagano, sin mito religioso, sin mito filosófico: simplemente, un caballero decente que se ha cuidado de la pasión pero que al sentirla por primera vez consiente en apropiársela: la

pasión debe ser propiedad a fin de ser aceptable. Conchita se niega a ser parte del patrimonio de don Mateo, junto con las casas en Sevilla, los apartamentos en París, los automóviles y las cuentas de banco. La perversidad de la mujer que no es dos sino otra consiste en exigirle a don Mateo una transfiguración similar que los reúna. Incapaz de este salto mortal, Don Mateo, el viejo Don Juan, paga el precio de la impotencia: el sexo, "more bestiarum" según San Agustín, no consiente más pecado que el de la propiedad. Y la propiedad es la soledad. "More bestiarum" en el siglo veinte: el animal enjaulado, solitario, dueño de una celda, habitante ciego de la piedra y el barro que Blake vaticinó como los materiales de construcción de la sociedad moderna.

La puta, la coqueta, Conchita, exige el amor a don Mateo, el hombre de propiedad que se quiere comprar el lujo de la pasión. Los papeles se invierten: no es Conchita quien le niega el amor a don Mateo, sino éste quien se lo niega a la mujer. El objeto del deseo de don Mateo es ser dueño de Conchita; el objeto del deseo de Conchita es ser otra para ser ella misma. Yo soy yo, dice el viejo; yo soy otra, dice Conchita, y tú debes ser otro para ser yo.

Próxima a *Tristana* en su intimidad biográfica y al *Discreto encanto de la burguesía* en su ironía cómica, la última película de Luis Buñuel trasciende las comparaciones con su propia filmografía a fin de reafirmar, una vez más, la continuidad de un movimiento del espíritu que gracias a Buñuel difiere su extinción histórica y se ofrece como una actividad permanente del ser poético.

*Ese oscuro objeto del deseo* es una obra surrealista. Acaso la más surrealista de las películas de Buñuel, junto con *La Edad de Oro* a la cual la liga una visión común de la superación de las contradicciones y el deseo como motivación suprema así como la nitidez de la descripción de los obstáculos sociales, económicos y síquicos que se interponen entre el deseo y el objeto.



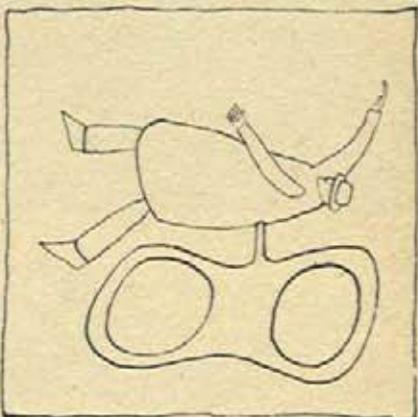
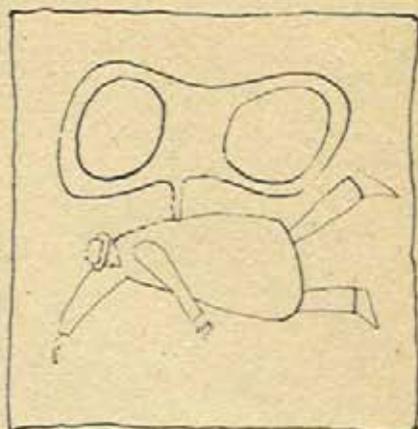
## Consagración de la historieta

Mujer maravilla, éxito de la televisión, sobre el que sería difícil discernir si proviene de la masiva audiencia infantil o del revivalismo camp de adultos mayores de treinta años, y La guerra de las galaxias, uno de cuyos encantos mayores —si no el único— es que recuerda a las historietas, se han escapado precisamente de ellas y vienen a testimoniar su persistencia. Esto no es nuevo, pese al relativo ocaso que la especie atravesó en la Argentina en la década del sesenta, cuando quedó en las manos de Bienales cultas, lecturas de vanguardia y ensayos sobre comunicación de masas.

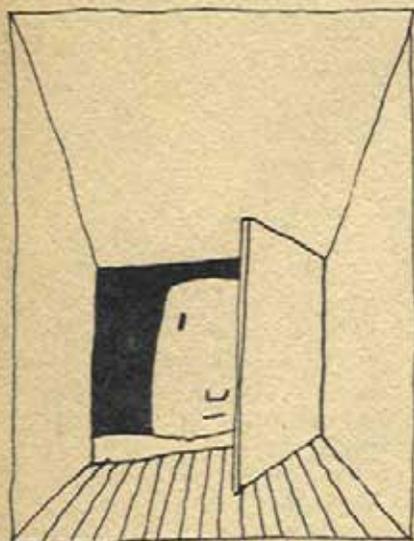
De Italia llega una nueva consagración: nada menos que una Enciclopedia. Efectivamente, las Edizioni Ottaviano de Milán han publicado el primer tomo de la Enciclopedia del Fumetto, de Graziano Origa, consagrado al género fantástico y al thriller. Las 222 entradas breves incluyen la producción norteamericana y europea, indican los sucesivos autores (es sabido que una misma historieta puede pasar de mano de en mano, por muerte de su autor original o disposición de los todopoderosos sindicatos que son dueños del personaje, el título, las características etc.), definen someramente el tipo de héroe, su relación con la violencia, el sexo, los débiles, las minorías raciales, el patriotismo, la guerra, y caracterizan la función que se asignó explícitamente a algunas de las historietas tanto en la lucha contra el nazismo como en los posteriores años de la guerra fría. Cada entrada, como es previsible, está ilustrada por el cuadro que representa al personaje central, quien generalmente presta su nombre a la tira.

El lector podrá enterarse, así, de que el creador de Mujer Maravilla fue un psicólogo que convenció a sus editores que infringieran la regla de oro de los héroes masculinos. Podrá seguir las líneas de préstamos de personajes que llevan al Dr. Kildare del cine a la historieta y de ella a la televisión, o el inverso camino de otro médico, Ben Casey. Junto a Mandrake, Little Nemo, Flash Gordon, Steve Canyon o el Sargento Kirk, encontrará algunos personajes de Breccia y un buen número de tiras italianas y francesas menos populares o desconocidas en la Argentina.

El comic-lexikon de Origa está precedido de algunas consideraciones brevísimas que no abordan la metodología con que se construyó su enciclopedia —datos que hubieran sido deseables— pero que contribuyen a delimitar la función sociocultural y política de la historieta en el marco de la sociedad norteamericana de la década del veinte, lugar y momento en que fueron catapultadas a su fama más universal. Se apuntan los mecanismos de identificación con el héroe que, previsiblemente, pone en acción la aventura y se subraya la vasta función propagandística que cupo a la historieta una vez que los Estados Unidos entraron en la segunda guerra. Entonces, y desde entonces hasta ahora, señala Origa, contenidos racistas se acoplaron a la moral del género. Estos héroes casi políticos fueron clasificados en la Enciclopedia junto con los de las guerras fantásticas. Deberá esperarse la publicación de un segundo tomo para rememorar a los de la aventura y el humor.



# PUNTO DE VISTA SENALA



Una excelente antología sobre *La comunicación de masas*. Los textos, en su mayoría inéditos en castellano, de Lazarsfeld y Merton, Lowenthal, Halloran, Wiebe, Morin y Block de Behar, fueron elegidos por Heriberto Muraro, quien escribió también la introducción al volumen. En ella, se abordan algunas cuestiones centrales de la teoría de la comunicación: el vínculo entre la significación del mensaje de los medios y la organización institucional de la sociedad (a juicio de Muraro, inescindibles); el control de los medios y su instrumentalización por parte de organizaciones estatales y comerciales.

Dos puntos polémicos de la introducción serán retomados por algunos de los textos incluidos en el volumen: "no hay significación sino en la expresión de lo histórico", aseveración que plantea su disidencia con la ortodoxia estructuralista; y, relacionado con esto, una crítica a la concepción que hace de los medios los más poderosos (e imbatibles) agentes de conformación ideológica.

El inteligente trabajo de Gerhart D. Wiebe desarrolla preocupaciones similares. Se pregunta (y Lowenthal responde en otro de los textos) sobre la relación inversa que se da entre "la magnitud del público y el mérito cultural del programa". Para decirlo con palabras de otros de los autores del volumen: porqué, una vez que siglos de lucha conquistaron más horas de descanso para los hombres, éstos las entregan a la Columbia Broadcasting System y no a la Columbia University. Wiebe recurre al arsenal de

nociones de la psicología social y la psicología genética piagetiana para esbozar algunas respuestas. Analiza el tipo de mensaje de los medios y la traducción de que son objeto por parte de su público. La conclusión es que los medios sólo refuerzan aquellas ideas, nociones y valores que el público ha recibido o se le han impuesto por otras vías, más directas y coercitivas.

Pero quizá el tramo más ácido de la antología sea el "Collage" sobre medios masivos que preparó la revista neoyorquina *Performance*: collage porque junto con la grabación de una mesa redonda entre especialistas, periodistas y sociólogos, se transcriben diálogos imaginarios (un desopilante paseo por Nueva York en cuyo trascurso una mujer-mass media exhibe ante un hombre-audiencia el enorme poderío económico de las cadenas radiales y televisivas) y fragmentos de discursos presidenciales y vicepresidenciales. El efecto global es corrosivo y crítico: son más que anécdotas las desventuras de un periodista vapuleado en los predios de la Coca Cola, o el registro de la variación, en millones de dólares, de la publicidad según el estado de la relación entre empresas y cadenas.

En suma, apocalípticos e integrados encontrarán en *La comunicación de masas* argumentos y discusiones que ponen a foco una problemática sobre la que, en los últimos diez años, se construyeron buenas denuncias, cuestionables teorías y poco compartibles defensas. Editó: en Biblioteca Total, N° 52, el Centro Editor de América Latina.